

la noria



No. 12 SANTIAGO DE CUBA 2017

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI

n^{la}oria

Revista Literaria semestral no. 12
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2017
Coauspiciada por la
Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Javier L. Mora (Corrección)
Gabriel Cascante (Diseño)
Gustavo Wojciechowski (Logo)

Encuadernación:
Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:
Centro de Promoción Literaria
“José Soler Puig”
Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfonos:
[53] (22) 62 5907 / 62 8096-97-98
Correos electrónicos:
oscaroilan@gmail.com
marabuzal03@gmail.com

ISSN: 2077-8422

Oscar Cruz	2
Gabriel Cortiñas	6
Javier Marimón	10
Carlos A. Aguilera	12
José Ramón Sánchez	21
Néstor Díaz de Villegas	25
Ahmed Espino	38
Fernando Villaverde	42
Alba Moon	48
Laura Domingo Agüero	51
Enrique del Risco	57

Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

La moledora de payasos

buscando
no mi corazón
sino mi odio

regresas a mí

rata
de
ratas.

me dices que es terrible
lo que hizo Molemba:

mi nombre en el sistema colocó
tratando de activar el mecanismo
con que muele sus payasos

la Nobleza.

ya lo sabemos:

iguales son ante la ley todos los bofes.
iguales los yeguas, los cabrones, los que hacen
de la doña su mijita predilecta.

ellos te enseñaron:

si quieres hacer algo, tienes que hacerlo,
y no solo lo que sepas que está mal, sino algo
que pueda zarandear a mucha gente.

lo tuyo es enterrar.
ellos en piquete se la bailan

se la bailan
se la bailan

y la gran parte de ustedes,
tiene que bailal con la que quema.

rompe.
ponte a cavar.

pacta con la idea de que contra lo que estás,
es aquello que puedes

encender

y ya no importa.

ellos lo saben:

el tipo es un huevón, un falso nueve,
alguien que ha tenido que enrolarse,
debatirse con ella

y siempre más de prisa, darlo
por hecho: no tienes otra chance que bregar
con la basura

detritus pedagógico, carimba
sentimental, cuya noble intención
es aniquilarnos.

la señora nos procura y paga al contado.
paga mejor si eres timbero. si eres como tantos,
mierderito de la corte. nuestra seño nos pregunta:
“¿vamos mal?” y todos en corete contestamos:
“¡vamos bien, doña basura!”

las muchachas del cuarteto
me pidieron que no cante: dicen que soy
como un majá; que no tengo el corazón de los capados.
carezco de entusiasmo y ayquerrico provincial.
poseo simplemente, la cara súper dura
que aprendí de la morralla.

cuando sabes que te atienden
y que están enfocados en ti, convierten
tu picao' en un soplete.

escribes la palabra pinga
y ellos la examinan, se extasían
y divierten.

cuando mides a un payaso
no es tan fácil:

unas veces, luces lindo,
otras, te la sientes.

Bobo Style

dejé que me creciera la barba

teniendo en cuenta que:

*el presupuesto del Estado, realizaría
una bonificación del cincuenta por ciento
a los precios vigentes de los materiales.*

dejé que me creciera la panza

*al saber que estos materiales
se iban a vender a las familias con destrucción
parcial o total de sus viviendas.*

dejé que me crecieran

*porque las familias solo pagarían,
la mitad del precio de esos productos.*

hoy,
cinco años después,
presento un estilo lapidario:

la barba, la panza y los cojones
me han crecido

gracias a una decisión
del gobierno revolucionario.

Gabriel Cortiñas
(Buenos Aires, 1983)

Protocolo de prueba: contención
(Fase Cero)

Las chicas que acaban de ovular por primera vez en la zona irradiada de los emiratos ocasionales de gitanos que conforman una forma rudimentaria pero necesaria de organización tanto como la mancha rojiza en el cuero cabelludo del primer sucristo o sectario general así como la muerte viene llegando a la lengua del rey es también un *racconto* de huesos en una olla hirviendo de pus una bandera roja con una estrella blanca de papel o una cartulina roja con una estrella blanca pegada de papel o una cartulina rosa y ajada por el sol con una estrella blanca mal pegada de papel sin luna en el fondo del salón de actos E.N.E.T “República de Turquía” donde la copla es un territorio de tensión porque el origen de la insignia otomana había sido el sultán si se deja de pensar que lavó su ropa después de una batalla en un lago cuyas aguas si se deja de pensar con las bases se habían vuelto rojas por la sangre las aguas si se deja de pensar con las bases se pierde toda y el reflejo de la luna sobre el lago rojo la estrella vino después si se deja de pensar con las bases se pierde toda posibilidad de cura pero si se deja de pensar con *Las Bases* no es un refrito jugueteón se gana se avanza al menos un paso en la partida al menos un paso quizá en la partida al menos un paso en la partida al menos un paso momentáneo en la partida armemos una partida que no sea pero parezca al menos definitiva.

Protocolo de prueba: contención (Fase I)

Parece que patearon el hormiguero ahora todos quieren automedicarse pelar un cable de cobre y morder es que los peces con barba parecen pensadores lleven o no lleven el uniforme disiento no ves que mueve la varita como un mago epiléptico pero no estamos en el Gran Casino Cena Show y eso se llama batuta porque en breve hablan un idioma trasplantado cuando quedan pocos minutos de luz es que estamos en la Iglesia de la Biblia Abierta mientras tocan la danza de los filibusteros dónde está que lo perdí salió a caminar un rato justo ahora venía a preguntar por eso que había olvidado dónde está traía un dios asesinado adentro de la inmensa casa de vidrio de los sin diagnóstico salió a caminar un rato porque quería escucharse a sí mismo tejemos ahora una canasta con trenzas muertas para llevar de un lado al otro a sí mismo del campamento la producción necesaria de pastillas salió a caminar quería escucharse una certeza no es que hizo todo mal es que ahora estaba haciendo mal las cosas tenemos que sostener voy al santuario de la Virgencita Disecada aunque esté lloviendo pero este te deja mejor para la Medalla Intravenosa es que yo ya estuve una vez en la Medalla ahora quiero te bajás en el Paso Gran Canaria y caminás por la principal tenemos que sostener una lucha es que ahora quiero ir hasta cruzar la estación el santuario está del otro lado es que ahora quiero sobre esa calle que abre una diagonal entre Calvario y Carnicería pero hay en tu cabeza una paloma muerta así que no me digas cómo y cuándo me tengo que bajar.

Contención: fase clínica (Comercialización en proceso de *dumping*)

Aprietan en el fondo al mensajero sin mensaje cuando el mercader de buenos modales pide una traición en la agencia de viajes del Profeta porque una súper tribu más allá del parentesco un cuerno una campana o la hoz es para que alguien corra descalzo a la oración admito que hay apóstol hirviendo en el centro porque el crucificado nunca fue jefe de Estado pero su primo sí para todos estaba asumido que llegaría el día por respeto a las creencias y los familiares en esta hagiografía no se mostrarán imágenes del esteta porque el crucificado nunca fue jefe de Estado pero sí su primo iraní que espera todavía la llegada del murciélago blanco dice que está inscripto en su quijada tenemos que sostener una lucha en dos frentes.

Contención: fase pírrica (Comercialización en proceso de.)

Comienza su camino cuando se niega a comulgar y todo su trabajo no es más que el comentario de su propia crisis el controlador de pantalla dejó de responder a un mes de vencida inhala y exhala la garantía aunque un árbol no crece haciendo ruido es el loco el que dice se está pudriendo la cabeza a la intemperie de un dios o admirar un síntoma de defensa para poder preguntarse cuándo viene el nuevo inhala y exhala Sir Alexander Fleming sucristo merecía un armazón la sostiene el dolor copular ha comenzado las bacterias pueden crear una nueva generación en veinte minutos inhala o incluso en menos y exhala retiran por la tarde a la virgen de la capilla para su restauración pero los fieles exhala habrán permanecido hasta entrada la madrugada arrodillados rezando al vacío de la ermita e inhala.

Contención: fase pírrica (Comercialización en proceso de.)

En la caja de objetos perdidos está “La historia de la Humanidad” ahora que el cielo es un color oscuro sabemos que no hay sujeto y va a llover sobre la sangre seca de un dedo frío que quedó en lo alto del cerro sumidero sobre un bidón vaciado de agua llena de mineral en sangre sin control provoca la expansión y posterior disfunción orgánica prematura recita el ventrílocuo de ambo bordó prendiendo velas al higienista gritando queyó queyó queyó haber creído no tiñas más mis ropas con pasta de jugo biliar en la Fuerza Etérea Repentina pero recuerde que si tomó algo de alcohol no deduzca el color de los ambos no deduzca la lengua de los andinistas no deduzca el cielo y su tono supuesto pronosticador porque hay que entender que esto está sobre un depósito gigante de cenizas traganta oligoi poloi oligoi Puloil un pueblo abrasivo necesita pero hay que entender que el problema no es la falta de vacunación sino la falta de información ataúd por ataúd penicilina adulterada su actitud llena la tierra de ungüentos y el verso predica mento del último próximo profeta que usaba pantalones por arriba de la rodilla toma el magafón para decir la verdad emerge en forma de síntoma que tenemos que leer y no sofocar.



Javier Marimón

(Matanzas, 1975)

Toca ángel mamador a puerta
 De muchacha que las piernas abre
 Tijera de carnes recuerda oxidado hierro
 En tijera de infancia: cayó de puntas, corte
 Exhibe grasa a vida parecida en babas blancas
 Ángel mamador lengüetea: menor es
 El dolor por la, de carnes, pérdida.

*

Secretos bullendo en ano de paloma
 ¿Quién mete dedo entre plumas erróneas para
 Hollar bollo, implanta embriones dactilares
 Pichones con la misma ilusión de volar
 De mano que en dedos se estira
 Logra fondo cular y alza vuelo?

*

Manos sumerge obrero en, de pollos, culos
 ¿Cómo impacta ano repetido de ave
 El látex de los guantes? Nada hay
 Que mueva al látex en su fondo
 No promesa de aculados pollos eternos
 No lágrimas de obrero que en ademán
 De hadas guantes besa.

*

Tortilleras viejas, hay cansancio
 En sus rostros, tenedor de batir el huevo
 Está oxidado, se engrumece en células
 De pollo, aleteando casi.

*

Al rezar tocas piel de personas amadas
 Si resbala el dedo en crueles telas
 Asfixias cara de Jesús con látex
 Y con vellos tan cerca.



*

Excita bollo ultrahumano de idea
 El pensamiento. Canta dedos de nada
 El escribano urgido, metedor subreptico
 En vacíos de bollo, sin rozarlo
 Estancias interiores anhelan corte
 Con dedos en tijera de etiquetas últimas.

*

Sacas verga chorreando como caballo en yegua
 ¿Concurrirá ojo de caballo, mayor que el humano
 Con tanta leche exaltando la imagen? ¿Luce tan grande
 Como hombre lechando mucho menos en su ojo pequeño?
 ¿Qué beneficio para esas dimensiones deseosas?

*

Entera noche vulva con vulva dieron
 De lo inflamado creció una verga
 Dudan, como en la idea:
 Queremos, pero no, vivir sin ella.

*

“Yo no dejo morados cuando inyecto”
 El balance reclama de morados su dosis:
 Enfermera con cinto a su esposo golpea
 Satisface todas las ansias muertas.

*

Hacer, piel de vaca, monedero
 ¿Se activa ser de vaca al abrir *zipper*
 A través de recuerdo del ano respirante
 Cuando mordía yerba?
 ¿Retojará en ella sacando pedazos
 De mierda de su monedero?

*

Libras de chivo contraídas por fuego
 Que aviva cucharón del mismo violador
 Con piernas arañadas por pezuñas de chivo
 Intentan escapar de huecos en bolsillos
 Tumba monedas de vendido fricasé
 En lodo caídas, recuerdan a Jesús
 Persigue en la cruz una imagen:
 Chivo violado, chivo baba blanca.



Carlos A. Aguilera
(La Habana, 1970)

Mil cabezas de conejos

Mi padre era un gordo.

Un gordo muy gordo muy gordo, tal y como relaté una vez en *Clausewitz y yo* (La Cleta, México, 2015). Texto donde fui trazando el espacio donde ambos, en línea recta y casi siempre sin mirarnos, nos movíamos.

Ahora, la verdad de ese relato resultaría incompleta, si además de abundar en sus exclamaciones, sus delirios, su ácido, no hablara también sobre sus abusos, su concepto nulo de fidelidad y sobre lo que él llamaba “la entrega”, palabra que en su caso se reducía a vigilancia, apuntes y delaciones.

Vigilancia que fue archivando obsesivamente en unos cuadernitos de tapas negras que apilaba uno a uno sobre el armario de cristal que dividía al comedor de la cocina y que comenzó a escribir justo al cumplir los veinte años, cuando, confiesa, observaba a todo el vecindario con ojo “extenso”.

Mi padre era un soplón.

No uno de esos que escucha cualquier cosa: una palabra, una frase, un galicismo, y después se queda pensando si este tenía algo soterrado, enfermo.

No.

Mi padre era un soplón de eso que él denominaba *eldesvío*.

Y para él esto tenía más que ver con lo que no se decía que con lo que era conversado (esa especie de *locus* íntimo que posee toda comunicación). Más con cierta teatralidad, manera de caminar, movimiento de cabeza que con cualquier frase pronunciada u oída.

Su profesión —recordemos, era dentista— lo había hecho consciente de que muchos vocablos o interjecciones provienen del dolor, pero a su vez, muchos no revelan nada. Ya que lo más importante en alguien que estuviera en desacuerdo no era exactamente lo que profería (ese ronquido desquiciado y sordo), sino su mirada, la ansiedad que cualquier acontecimiento podía introducir en un espacio de vida.

Y de ese terror o acumulación o desbordamiento era que se alimentaba mi padre.

De ahí que un diálogo sobre el clima pudiera convertirse para él en una pequeña pieza de crítica social, —casi como en Brecht, digamos—. Y una conversación sobre descendencia lo hiciera ponerse siempre sobre aviso.

Si alguien no estiraba suficientemente sus brazos, si alguien no lloraba hablando de su mujer embarazada, si alguien no ponía rostro de emoción al pronunciar ciertos nombres, lo más seguro es que no amara con contundencia su hábitat.

Y el hábitat, según él, era lo más importante que posee el “espantoso miriñaque humano”, susurraba acomodándose en su imponente butacón (cuadrado y con florecitas rojas).

Sin hábitat solo hay traición, gritaba.

Y señalaba hacia el armario con su oscura hilera de cuadernitos apilados unos encima de otros, dando a entender que no permitiría ningún tipo de conspiración en su “zona”.

Mi padre era un cabrón.

Uno de esos que disfrutaba con alcoholizar a su mujer y después violarla.

Uno de esos que siempre lo hacía de la misma manera, además: con la puerta abierta, tirando improperios, golpeándole la cara, en lo que mi madre semiinconsciente apenas alcanzaba a respirar.

Un cabrón que la acusaba de alcohólica después de que cada tarde la incitara a tomar y tomar hasta caerse literalmente de la silla.

Un cabrón que, en el mejor de los casos, la violaba como acabo de contar.

Y en el peor, si algo hay aún peor, la orinaba allí mismo, gritándole: cerda, aquí está tu alimento, traga.

O espetándole: si vomitas lo vas a limpiar...

Y le metía dos dedos en la boca y le sacaba a la fuerza la lengua para mostrarle qué era lo que debía utilizar en caso de “accidente”.

Un cabrón que gustaba de martirizar a todo el mundo y aprovechaba esas tardes intensas, intonsas, en que su mujer yacía sobre la cama, para practicar con ella diferentes amarres y nudos.

Ryo tekubi decía, y la envolvía con ahínco hasta que lograba dejarla inmóvil.

Shibari decía, y la amarraba como un gran bulto que después tenía que recortar con una tijera.

Punto *Nashamoto* decía, hasta terminar desesperado, abofeteándola.

Lo más terrible es que si yo intentaba entrometerme me echaba del cuarto empujándome o dándome un golpe con la mano abierta en

la cabeza, o estirando su dedo hacia mí, como si su mano toda, fuera en sí y para sí y desde sí una pistola, y me gritaba: “te desaparezco”, así, con sequedad.

Te desaparezco.

Y contra este dedo y sus palabras y su furia y sus amarres y su violencia, mejor no albergar ninguna duda. Si te amenazaba con liquidarte podías estar convencido que en algún momento lo iba a hacer.

Tal como lo ejecutó con varios de sus vecinos, sobre todo aquellos que molestaban con algún animal delante de nuestra puerta. O con alguien que no le cayera especialmente en gracia.

¿No fue esto lo que tramó milimétricamente contra Jota y su hijo el día en que se hartó de que su perro, su puto perro (escribió en uno de sus cuadernos) ladrara siempre en el área de calle donde estaba inserta nuestra casa y Jota o su hijo no recogieran los excrementos del “jodido poodel”?

Exacto, esto fue lo que hizo.

Exterminarlos.

Y cada vez que pensaba en Jota brindaba a la fuerza con mi madre y hasta improvisaba ese torpe bailecito que solo escenificaba cuando estaba muy contento.

Uuuno, uno uno, uuuno, meneando su crapulosa humanidad por toda la casa.

Unnnnnno, reclamándonos que aprendiéramos el paso fundamental del minué.

Uuuuno...

Mi padre era un profanador.

Y esto no lo digo solo por esos dedos gruesos que se acostumbró a meter en la boca de mi madre para estirarle lo más posible la lengua, o por su conflicto con el vecino del perro.

(Es verdad que el vecino paseaba a horas muy tempranas con el poodel y que sin ton ni son el “puto perro”, como a él le gustaba escribir, ladraba o cagaba justo delante de nuestra puerta.

Y es verdad también que el hijo de Jota más de una vez ni siquiera lo saludó, cuando mi padre en algún momento haciendo un alarde de amabilidad, le espetó para asombro de todo el mundo Buenos Días.

Así, en voz baja.

Cosa que viniendo de él podría ser considerado como un exceso.)

No.

Mi padre era un profanador porque a partir de un momento empezó a entender la relación que podía existir entre sus anotaciones y la Securitate —la relación *vigilanciácarcel*— como una relación

natural, pedagógica. Y para esto no solo ofreció una vez al mes el producto de sus apuntes —“gaveteros de la verdad” acostumbraba a llamarles a los oficiales casicalvos de la seguridad—, sino que en más de una ocasión se quedó trabajando y recopilando y observando cualquier ruidito durante horas...

Todo para mantener la zona limpia, como alguna vez nos escuchó a mi madre y a mí.

Limpia y “en el centro”.

¿No es acaso el Estado el centro de nuestras preocupaciones y el ojo-estado el centro del centro de esas preocupaciones?, cavilaba mi padre cuando discutía el caso de Jota con el policía de turno.

Pues ese centro está ahora manchado, susurraba mi padre. Manchado y muy manchado, repetía, y desde las cinco de la mañana por el poodel de Jota, señalando con todo su brazo algún lugar más allá de la puerta.

Y si el Estado permite que el centro se manche, proseguía mi padre, tendrá que aceptar también que la periferia se manche. Y usted sabe, acercaba su índice al culo de botella que traía por gafas el oficial, que eso sería entonces el fin de todo.

El fin del fin del fin...

Y se reacomodaba en su butaca para calibrar el efecto que había tenido esta última frase.

¿Y se imagina usted (se refería claramente al oficial y a él) qué haríamos nosotros si llegara el fin del fin del fin?

(Pausa teatral para ver el rostro de su interlocutor.)

Noooo, usted ni se lo imagina, dijo finalmente liberando tensión mi padre. Usted, y lo señaló de nuevo con su dedo, usted, mi querido oficial, ni siquiera se lo imagina.

Además, dijo con fuerza, lo de Jota no termina con lo del perro, y meneó su dedo a derecha e izquierda.

Noooo...

Lo de Jota, volvió a recalcar, no empieza con lo de su perro ni finaliza con lo de su perro y lo más probable, dijo como recitando un poema, es que no termine siquiera con la muerte de su sarnoso perro.

Y remeneó *again* el dedo.

Lo de Jota es mucho más grave, aseguró.

Jota intenta desde hace meses destruir nuestra armonía, e hizo una pausa para ver si el oficial captaba.

Destruir y desviar y corromper nuestra armonía, repitió.

¿Y para eso qué hace? —sonrisilla socrática del gordo de mi padre.

Pues invita a su casa a personas que no son de esta calle, soltó finalmente mi padre. Personas que ni siquiera viven cerca de esta calle y ni siquiera cerca de las cercanías de las cercanías de esta calle.

(Conclusión que evidentemente al oficial debió sorprender un poco, ya que lo hizo apoyar la espalda en su butaca y pasear su mirada por los diferentes objetos de nuestro salón.)

Personas, prosiguió mi queridísimo padre, de las que se despiden siempre diciendo: que el futuro te sea próspero.

(Otra pausa para escrutar milimétricamente a su interlocutor).

Se imagina usted señor oficial, explotó en su butacón mi padre: ¿se imagina usted que a usted le digan en plena calle y con el sol de golpe: que el futuro te sea próspero, así, sin introducción ni nada: ¿Que El Futuro Te Sea Próspero?

¿Usted se lo imagina?, dijo mi padre sin esperar reacción alguna.

No, se autorrespondió, y meneaba el índice delante del culo de botella.

Usted ni siquiera se lo imagina...

Y esa es el arma más poderosa que tienen los que están contra nosotros, aseguró mi padre.

Cuentan con que nosotros ni siquiera podamos imaginarnos ciertas cosas...

¿No pasó lo mismo acaso con aquel escritor Erre, si mal no recuerdo, al que le confiscaron todos sus manuscritos y después encontraron empotrado en un hueco?

¿Se imagina usted qué hubieran pensado nuestros niños si descubren a esa rata enroscada en un parque en vez de estar inserto en nuestra realidad cotidiana de producir y construir preocupaciones?

Noooo, mi querido oficial, ni siquiera se lo imagina, se lo digo yo, que apunto y apunto y apunto todo lo que sucede a mi alrededor para que nada se me olvide, y por delante de él pasaron flotando cada uno de sus mezquinos cuadernitos y cada uno de los nombres establecidos en ellos...

Ni siquiera se lo imagina, le repito, y aquí se indicó a sí mismo con la puntica del dedo, que he dedicado toda mi vida a esto, e hizo un silencio apretado, rígido.

Ni siquiera...

Mi padre era un gordo.

Un gordo chiquitico y zoológicamente gordo.

Un gordo que a sus delirios con Clausewitz, a su trabajo mierdoso para la Securitate, a su colección de conejos desde hace tiempo ya estancada (la caza terminó el día que rebasó los 169 kilos y las rodillas empezaron a flojearle) unía un terrible blablablá sobre el olor.

El olor que él en su oligofrenia separaba de un supuesto no-olor. Ese no-olor pendejo de todos aquellos que no trabajan para la Securitate, decía.

Ese no-olor estafa, ese no-olor caca.

¿No está más que comprobado químicamente, tarareaba, que los que no aspiran a una causa grande desprenden un no-olor que los hace pasar inadvertidos durante mucho tiempo, y a los que hay que perseguir incluso con un aparatito para precisar su “mapa de influencia” y escuchar con nitidez sus gluglús insípidos?

Y una vez más agarraba uno de sus moleskines y leía en voz alta:

Pe intentó escabullirse esta mañana desde su no-olor. Pero yo soy un perro viejo. Y el no-olor no se me escapa. El no-olor de los que no tienen olor denuncia a sus portadores. Los hace sudorosos, cobardes, tímidos. Hay que verle los ojos para ver cómo intentan que el no-olor no se refleje en sus pupilas. El no-olor es precisamente lo que llama la atención en alguien tan flaco como Pe. El no-olor delata.

Y cerraba de sopetón el cuadernito y bailaba.

Si alguien cree que me va a engañar con su ausencia de olor está perdido. A un pitbull viejo solo hay que verle el colmillo.

Y se sacaba la dentadura postiza y te la ponía delante de la cara para que vieras aquella cosa babosa donde según él se depositaba toda su astucia y ojo fino.

Mira, aquí es donde va el colmillo, gritaba en medio del minué.

Aquí.

Y continuaba bailando...

Mi padre era un perro, como él mismo decía.

Un jodido perro.

Un pitbull que había venido a esta vida a arruinarle la existencia a todo aquel que se le pusiera delante y por eso (isolo por eso, estoy seguro!) se había recibido de dentista, de hombre que disfruta con asfixiar a los demás, dejarlos caer en un espacio donde solo el dolor era posible, y donde avanzar desde algo higiénico, neutro, vital, geométrico, era un dilema, ya que para eso había estudiado mi progenitor —a finales de los años sesenta en una academia con dos profesoras eslovacas, siempre recalaba—, para llevar una bata blanca, donde se limpiaba la saliva de todos sus pacientes y observar de cerca a todos los que él en su jerga privada llamaba los renegados.

Es decir, esos donde la pulsión por el desafecto (a un Estado, un emblema, un destino) estaba proporcionalmente sujeta a un determinado número de problemas bucales...

Esos que solo eran caries.

—Jota: gingivitis aguda.

(Anotaba histéricamente mi padre en uno de sus cuadernos...)

—Hache: halitosis tabacaria.

—Uve: inflamación y dos piezas calamitosas.

—Ene: extracción

—...

¿No formaba esa neurosis y ese hociquito de pitbull uno de los servicios más apreciados por los impresentables de la Securitate?

Evidentemente sí.

Y si nos dejáramos guiar por el número de visitas que los bulldogs de la seguridad hacían a nuestra casa, podríamos decir entonces que incluso esa pulsión de mi padre era muy importante.

Esencial.

La pulsión del mediocre que solo encuentra consuelo en destruir todo lo que genere vida a su alrededor.

Tal como hizo con Ene (“su no-olor me llega hasta aquí”, y se tocaba la puntica de la nariz, con sorna).

Y tal como hizo con el marido de Ene, al acusarlo —los acusó a ambos, pero por alguna razón el que desapareció por años fue el hombre— de traficar con florines y marcos alemanes y revender productos que no habían sido legitimados por “nuestro grande Estado”, escribía.

“Nuestro Estado trascendencia...”

¿Escogía la Securitate a sus informantes, además de por la dudosa veracidad de sus reportes, por los ditirambos estúpidos y en voz alta que anormales como mi padre proferían todo el tiempo?

Lo más seguro es que sí.

Verlo ya de viejo siguiendo algún programa deportivo o algún discurso, e intentando pararse de su butacón para saludar como un militar o gritar, en medio de una risilla idiota, algunos de esos lemas que al final ni decían nada ni le importaban a nadie —nadie que no fuera un gordo seminválido como él— daba grima.

Para no hablar de esos días largos, huecos, en que se despertaba ya con una chaqueta verde llena de medallas, las cuales, por haber estado tantos años guardadas, ni brillaban ni tenían valor...

Mi padre era una mierda, como ustedes han comprobado:

una

esperpéntica

mierda.

Y verlo con aquellas medallas y sus moleskines y su violencia y su gordura y su millar de conejos —de los cuales ya he hablado profusamente en el texto antes citado— lo acentuaba aún más.

Una mierda que cuando le hicieron la radical a mi madre a causa de un nódulo no paró de burlarse por toda la casa diciéndole: ¡Ahora sí que hueles a caca de vaca!

Así, con todo su asco: ¡Caca de vaca!

Y le gritaba en plena cara: ¡Caaaca de vaca! ¡Caaaca de vaca!

Sacando y entrando la lengua de su gorda boca y sus labios y encías y garganta blanquizca.

¡Caaaca de vaca!

Frase que por demás acostumbraba a soltar cuando las cosas iban mal, como si su grito fuera a romper algún maleficio o conjuro.

¿No fue esto lo que se cansó de repetir durante dos días completos cuando al marido de Ene la Securitate vino a buscarlo, y este escapó saltando el muro del patiecito de atrás, precisamente ese que hace esquina con nuestra casa y donde mi padre muchas veces se apostó para escuchar todo lo que sucedía en el espacio vecino?

Pues eso: Cacadevaca cacadevaca cacadevaca...

Sin parar.

Golpeando las cosas, hablando ensimismado con sus cabezas de conejo, gruñendo, hasta que por fin vino un oficial trabado y con rasgos de inuk y le dijo: listo, poniéndole la mano en el hombro y llevándose hasta el rinconcito del armario (el de los apuntes encima, pero también el de la vajilla de Sèvres, herencia de mi difunta madre), donde terminó de murmurarle algo.

Cosa que evidentemente satisfizo con enormidad a mi padre, ya que este lo despidió con un abrazo y entre risitas comenzó a improvisar su degradado minué.

Uuuuuuuno..., hasta la tarde.

Uuuno, uuuno...

¿Había alguna conexión entre estos amagos de baile, su alegría, sus impropiedades y la desgracia que los informes de mi padre causaban a todo el que intentara construir un “horizonte de movimiento” a su alrededor?

El día de su muerte (día estresante, no hay que ocultarlo), mi padre se levantó temprano, como siempre.

Desayunó y habló y conspiró con su extensa colección de conejos, como siempre.

Llamó por teléfono al ingeniero Néklas y le rumió un par de secretos, como siempre.

Caminó por toda la casa haciendo circuitos alrededor de la mesa, como siempre.

Rió, anotó conversaciones en sus cuadernitos y se duchó, como siempre.

Después se sentó en el butacón, puso las chancletas a un costado y empezó a dormir.

Este último gesto (las chancletas alineadas una detrás de otra contra la pared donde se exhibe su inacabable muestra de conejos), junto a sus espantosos ronquidos, fue lo que activó en mí ese deseo irrefrenable de aceitar bien la escopeta y apuntarle directamente a la cabeza.

De ver ese territorio que se abriría entre la belleza de su huequito sobre la ceja (mucho más redondo y perfecto que si hubiéramos intentado hacerlo con otro objeto, un picahielo por ejemplo) y la belleza del huequito que el plomo abrió en la pared.

Huequito que sin dudas habría que pensar menos como violencia y más como espectáculo estético.

Goce.

Y de ese deseo —ese plus— es que me he alimentado minuto tras minuto, como algunos de ustedes, a esta altura, ya saben.

Día espléndido el de hoy: sol, vientecito, pájaros, árboles.

¿Sabe alguien a cuánto se cotizan en un anticuario mil cabezas de conejos?



José Ramón Sánchez
(Guantánamo, 1972)

Al abrir la pantalla

Al abrir la pantalla que me saca del mundo
de encierro donde vivo, lo primero que veo,
después de marcar la contraseña,

es una habitación metálica cerrada,
una jaula confortable de preso.
De encierro a encierro no va nada,

y cada día conecto dos encierros.
La pantalla me devuelve a la tarde,
cansado y menos libre que la vez anterior.

La pantalla refleja mi rostro mirando otra prisión.
Mirando a la pantalla que refleja mi rostro
veo a la vez dos prisiones. En el ángulo

izquierdo superior de la jaula
un espejo convexo triangular manifiesta
el punto ciego que llevamos a la espalda.

Todos los derechos reservados

Es también la cuidada
realización del burócrata

que garantiza un empleo
y la buena conciencia

de haberlo merecido.
Si hay que pintar flechas,

las pintaremos, y carteles
con la leyenda:

SILENCIO.
ES TIEMPO

DE ORACIÓN.
Y lo haremos cumplir

al pie de la nómina:
¿quién sabe

qué enemigo perpetuo
nos va a jubilar?

Almirante en Jefe, suicídanos

El 9 de junio de 2006, tres prisioneros se mataron en Gitmo.
Nuestros actos de guerra son pura asimetría.

Tan asimétricos, que apenas se les identifica.
Si nos matamos todos, dejaremos al poder sin argumentos.

El crimen también se llama “suicidio”.
Vivir es fingir que puedes hacerlo, pero sin saberlo.

Próxima estación

Y en los patios de recreo
tienen también una flecha

indicándole a los presos
la excelente voluntad

de sus captores:
más activos en la fe

que los ulemas.
Y debajo de la flecha

una palabra:
Makkah.

Y otra vez la cifra exacta
—de pedante impertinencia.

La puerta estrecha

Los obreros mejor pagados del país atravesaron
por última vez, mansamente, la puerta.

Miles de veces la cruzaron, y ahora
esperan cobrar lo que les queda.

Vivieron en una burbuja y solo la abandonan
para irse a dormir con los pequeños.

Allá les decían “comunistas”,
y aquí “viejos verdes”.

Los verdes comunistas sobreviven
a la fricción de las mareas.

Guamá

Me encontraron y enseguida lo supe:
me llamarán Guamá, el manatí huérfano,
hijo de héroes perdedores de todas las guerras.

No opuse resistencia: portarse bien consigue
caricias en la panza y tonterías de voz alternativa
que ordena al hablar, haciéndose el simpático

porque nada le cuesta. Especie en extinción,
me devuelven a Gitmo si me adapto a la vida salvaje
y no tienen que darme alimento a la fuerza.

Yo que estaba adaptado a su vida salvaje sin fronteras.

Malones

A veces me preguntan noticias de la base.
No hay noticias (respondo).

Nosotros sabemos lo que dice la prensa
y esa red más local, Interlengua.

Quien quiera algo más que cruce la cerca.
El muro que yo salté era insignificante:

solo vi las luces de los autos
y el rastro que dejaba una lancha en el mar.

Campo Muerte brillaba por su ausencia.

Al crepúsculo llamaron “hermoso”.
No sé pintar el ecosistema.

Néstor Díaz de Villegas

(Cumanayagua, 1956)

Sabbat Gigante

(Libro segundo: Saigón)

183

En noviembre la emisora nos asignó la cobertura total de los acontecimientos relacionados con la llamada “aparición”, y a partir de ese momento pasamos incontables horas “delante de la presencia”, cazando la noticia.

Intentaré describir nuestro estado de ánimo: Isaac trataba de no tomárselo a pecho, el asunto lo tocaba de cerca. También él había sido niño en Miami y hasta había asistido a la misma Academia Nixon-Martí adonde mandaban ahora a este otro niño. Era de los que no querían que se quedara. “Quedarse” es un término relativo que, como tantos otros, tiene distinto significado para los exiliados cubanos que para el resto del mundo. Por ahí comenzó el embrollo. Mi padre, sin pensarlo dos veces, decidió que “quedarse” era, en todo caso, “la única opción”, la Opción Cero. En cambio, yo no estaba convencida ni de lo uno ni de lo otro: era una “indecisa”.

Nuestras coincidencias caían, irónicamente, dentro del terreno espiritual: papá veía en el Niño a Elegguá, Isaac a Elías, y yo a una especie de Ismaelillo. En aquellas trágicas jornadas la brujería llegó a adueñarse de todos los aspectos de la vida nacional, de eso no nos cabía duda.

Fuimos los primeros en llegar con nuestros micrófonos a la ciudad de carpas que habían levantado para los medios de prensa frente a la famosa casita: entonces Isaac divisó a su madre dentro del jardín cercado, conversando con los representantes de las asociaciones patrióticas. Hacía veinte años que no se veían —o por lo menos—, que no se hablaban, según me reveló allí mismo. Blanca Rosa traía un vestido negro de corte recto y un sencillo collar de perlas. Parecía que acababa de enjuagarse los cabellos grises con agua de violetas. Calzaba zapatos lustrosos, de charol; pero el toque teatral —y podría decirse que miamense— eran unas opulentas gafas negras que le cubrían los ojos como una visera.



Creo que se volvió dos o tres veces hacia nosotros, como mesmerizada por la aparición del hijo. Hablaba con los abogados, con los políticos, con los procuradores y los disidentes, y lo calaba de vez en cuando, pero al final no sé si lo vio. Marieleusis vino a saludarla, y la abrazó y la besó. Lloraron juntas, se separaron, se miraron y volvieron a estrecharse. Entonces las Madres del Calvario Cubano en el Exilio, MACACUEX, salieron del público y formaron un círculo de oración en torno de ellas.

*Bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre...*

Las letanías venían cargadas de profundos significados y la emoción resultó ser demasiado fuerte para Isaac. Le propuse salir de allí, y me contestó que sí, pero que no se atrevía a pasar por el medio de las turbas. Habíamos estacionado a varios kilómetros de la casita, cerca de la Rama Hispánica de la biblioteca municipal donde después supe que había vivido en su época de vagabundo. Mi padre me contó que pernoctaba en el baño: “Se queda adentro y sale por la mañana. También en el cementerio de Flagra, donde es conocido como Casa Sola”.

No pude creerlo.

“¡Está loco!”, exclamé.

Papá me advirtió: “Tú no sabes quién es este Isaac, muchachita”.

Por la noche, cuando nos reencontramos en la emisora, Isaac lucía desorientado.

“Arrebatado”, puntualizó mi padre.

182

“Debí haber nacido muerto”. Tenía el codón umbilical enredado a la nuca. El día de mi nacimiento la comadrona pasó temprano por el frente de mi casa. Mamá estaba baldeando el portal. La comadrona le preguntó si se sentía bien, y mi madre le respondió que sí, pero que no se sentía al niño. La comadrona le ordenó treparse a la mesa del comedor mientras iba por los aperos. Después metió el dedo y tanteó, trasteó (*éramos del interior*) hasta que logró destrabar el cordón. Nací negro y muerto. Negro como un Judas. Dos milagrosas nalgadas me devolvieron la vida. Un cubo de agua fría, otro de agua caliente, agua fría, caliente, me metieron, me sacaron, me cascaron... Entonces reaccioné, lloriqueé, chillé... Como un cerdo. Nací muerto y negro. Como el ahorcado que bajan del gajo. Me limpiaron, me blanquearon, y ahora estoy aquí, amarrado a un palo mayor. Pero este que ves, no soy yo. Yo soy aquél, (cantó) *yoo sooy aaaqueel...*¹

“¡Qué ocurrencias!” , pensé al oírlo, y reculé, asustada.

“Nacido en el seno de una familia de polacos”, continuó, impasible, afincado a la proa, con un Marlboro en los labios, “en un pueblo chiquito, un villorrio, un *shtetl*, si se quiere, en la provincia de Las Villas. Polacos riquísimos, o eso me dijeron. Zapateros.² La madre de mi madre había llegado a Cumanayagua de no se sabe dónde, algún punto vago que nadie localizó nunca. Mi ignorancia le asigna un nombre arcaico y clásico: Palmira, Rodas... Fueron varios hermanos y hermanas que, empujados por alguna depresión, vinieron a carenar a las tierras bajas... Tan extranjeros en el sur como en el norte, en el este como en el oeste... ¡es lo poco que sé! Hacía siglos que la región adonde arribaban había sido limpiada de taínos y repoblada con colonos gallegos, isleños, vascos, catalanes... Quizás los míos fueran portugueses, judíos equivocados. Tenían la piel roja y pecosa y el pelo crespo de un color naranja muy parecido al de Bowie en *Low*.

“Enseguida los apodaron Los Curros, Los Rojos”. ¿Motivo de su salida de Rodas, de Palmira? La madre había enfermado... por supuesto que de cáncer. El padre se dedicaba a fabricar curricanes, o eso les dijeron. Como a cada hombre de mi familia, lo acusaban de ser un contemplativo, de dedicarse a perder el tiempo. ¡Perder el tiempo...! Esa mala costumbre pudo haber sido la causa... ¡Ahora entiendo que trenzar cuerdas le permitía divagar!

“El día que la matrona pasó a mejor vida, cerraron la casa y salieron al camino”. ¡Era el fin de una época! Ella sola había sostenido la familia a base de lavar, zurcir y planchar (*éramos del interior, lavábamos para afuera*). Los varones se quedaron en El Hoyo, el que cogió gangrena y el alto. Un día encontraron al padre colgado del caballete. Las tres huerfanitas, a saber, mi abuela Adah y sus dos hermanas, Esther y la coja Rebeca, fueron a parar al Escombray. Después allí hubo una horrible carnicería...”.

Así habló Isaac Cámara, ansioso por rellenar las lagunas que dejaba en su currículo la muerte prematura de Blanca Rosa Cordobero de Ginzburg, viuda de Cámara, su progenitora. Pero a esa muerte oficial nos referiremos más adelante.

Entretanto, surcábamos el rosario de lagos que conecta, por canales y presas, la ciudad paradisíaca de Miami con el cuerpo esponjoso de la Florida profunda (advierto, mientras escribo estas líneas, que he empezado a redactar como él; que al cabo de tantos años encerrados en el yate he llegado a adoptar sus *manierismos*). Nos habíamos amarrado al palo mayor mientras pasaba la candela. Quedamos tan cerca uno del otro que rocé sin querer el dorso de sus manos. Entonces me miró: humo, piel, fuego, vellos, ojos, fiebre, cielos, todo revuelto en mí.

Retiré la mano, instintivamente. Me olí los dedos y consideré mi suerte. Contemplé la posibilidad de perecer obesa y achicharrada. Aferrado al timón, mi padre hablaba solo: “Fuego, humo, humo, plomo... bichos, bosque... no hay por qué, de qué, que amilanarse... los chicharrones, los troncos, lianas... sangre y fuego... ¡adelante, adelante...!, alimentarnos de cáscaras, bellotas, curujeyes, pajarillos, ¡adelante!, nosotros, las ardillas, el racoon, ya fuera, ellos... fuego, fuego, metralla... comeremos fango, cieno, en el momento, si fuego... ¡adelante!... candela... tierra... lucha, lucha, lucha, lucha...necesaria... fuego... ¡adelante, adelanteee...!”

181

“Estuve toda la tarde con mi tío Federico”, me dejó caer Isaac una mañana de enero del primer año del recién estrenado milenio, cuando ya llevábamos tres meses de montar guardia frente a la casita. Había divisado de lejos a su tío, en las filas de manifestantes, sosteniendo una cartulina con un monstruo comunista trazado a plumón. Federico palmoteaba, chiflaba y coreaba las consignas de rigor, cubierto con peluca rubia y pamelita de guano. Así vine a enterarme de la existencia de este pariente suyo, que, andando el tiempo, llegó a convertirse en una pieza clave de mi narración.

Lo saludó con un abrazo y dos palmadas en la espalda, como si hubieran dejado de verse esa misma tarde. Sin más preámbulos, Federico se lanzó a hablar de distintos temas en un tono desafiante y desmesurado. Le dijo que detestaba por igual a los jenízaros que exigían el retorno de El Niño y a las hordas cumbancheras salidas de las cloacas del exilio. Consideraba que la única respuesta sensata a la nueva provocación era estarse quietos. ¡Quedarse en casa! Pero que como eso era imposible, allí estaba. ¡Presente! ¡Qué remedio! Los comparó a los ejércitos de Arjuna enfrentados a las falanges de Kuru en las melifluas ilustraciones de un Bhagavad-gītā condensado —con comentarios de Swami Prabhupada— que había recibido de manos de un Hare Krishna en el aeropuerto de Miami.

A propósito, ¿sabía Isaac (lo llamó “hijo”) de una raza de conejos, *hare*, que hacía sus guaridas en las pistas del aeródromo? ¿Y qué iban a hacer los pobres conejos? El karma los condenó al aeropuerto igual que había condenado a los cubanos al marasmo. Vivían en sus respectivas madrigueras, acostumbrados al escándalo. Porque aquello, Miami, quería decir, era un escándalo...

Lo invitó a su casa, a seguir conversando, y a consultar el libro de Prabhupada, que yacía enterrado en un estante repleto de libros sin...

leer... y el libro de Prabhupada yacía enterrado en un estante repleto de tomos sin leer, porque ya había leído bastante.

Arrojó el sombrero en una butaca y fue a servirse un vaso de agua. Después salió al balcón y miró al cielo, por donde cruzaba una avioneta arrastrando una violenta consigna anticubana.

Las palabras lo habían traicionado, dijo. Los libros, especialmente los libros, le habían fallado. Entonces, ¿para qué leerlos si no podían evitarnos la depresión, ni la bancarrota, ni los barro, ni el destierro, ni el comunismo, y muchísimo menos, las debacles periódicas que se nos echaban encima? ¡Otra más! ¡Oh, la más ignominiosa de todas!

Si las concentraciones frente a la casita de los Hernández tenían algún sentido, concluyó Federico, pues que sirvieran al menos para que la gente se reencontrara. ¡Cuánta gente perdida, por dios, cuántas amistades que no veía desde hacía siglos, de tipos de cubanos que creía extintos, de cadáveres vagamente familiares que creyó reconocer entre los rostros anónimos de una multitud avasalladora, imponente, que pasaba arrollando, como una fosa desbordada!

Caminaron por entre los revendedores de camisetas, los agitadores y los fanáticos que repartían estampitas del Santo Niño. Pasaron por delante de bazares donde se pregonaban crucifijos, escapularios, dijes de azabache, manos de coral, frascos de agua bendita. El aire estaba impregnado de hollín, incienso y grasa hirviente. Vieron macilentas cabezas de cerdos con las bocas abiertas, tendidas sobre bandejas abolladas, y hornos humeantes donde se cocinaban mazorcas, tripas y lenguas.

Durante cuerdas y cuerdas, una solemne multitud cubría las calles y las aceras, atestaba los portales, abarrotaba los parqueos, se apiñaba en las inmediaciones de los comercios, los mercados, las panaderías, las droguerías, las peluquerías y las agencias de viajes. Un millón de latas, volantes y cartuchos atoraba los tragantes. Se oían cumbias y valsos por encima de los gritos, las alarmas, las sirenas y los toques de cláxones.

Avanzaron a empujones y, tras ingentes esfuerzos, consiguieron romper los cercos y escurrirse entre los escuadrones de manifestantes. Al fin, por sobre las cabezas apelotonadas, Federico divisó el techito a dos aguas, los ventanucos simétricos. Se paró en puntillas para admirar el desarrollo de lo que, según decían, era un hecho sagrado.

Pero la asediada residencia de los Hernández resultó ser una de esas chozas grises, sin gracia ni denominación, que él abominaba. Una cajita de estuco con dos tiras de yerba seca y muñones de árboles talados en un jardín de cemento.

Las ventanas estaban primorosamente enrejadas.

—¡Solo falta el pesebre...! —exclamó sardónico, zafándose la pañoleta.

¡Miami: el lugar ideal para recomenzar!, decía el cartel de una inmobiliaria adosado a un poste.

178

Isaac dijo:

“Conforme apretaba el calor, la chusma, que esperaba nada menos que una aparición, fue exorbitándose. Empujaba, brincaba y se retorció como una piara poseída por mil demonios. Cuando la efervescencia llegó al clímax, un remolino unánime y multitudinario casi nos arrastra. Entonces Federico perdió la compostura y quiso escapar, pero se vio rodeado. Soltó la penca de los productos Goya que alguien le había puesto en la mano y trató de engancharse de un brazo, de una pantorrilla, de una manga, del bajo de un pantalón. Lo vi a unas brazadas de mí, y le grité a todo pulmón, pero mis gritos no lograron atravesar el estruendo.

”Cinco horas más tarde conseguíamos volver, por distintos caminos, a su modesto apartamentico de la Pequeña Habana. Sentados frente a un ventilador giratorio, me confesó que mientras rodaba por tierra había aceptado —ifinalmente!— su cruel destino. Había entendido que perder era lo que nos tocó, y que no había dios que pudiera salvarnos. Supo entonces que debía confiarse de su cuerpo, únicamente de su cuerpo *físico*, de sus puños (tenía unas manos enormes), de sus uñas y dientes. ¡Miami era, simplemente, el sálvese quien pueda! Y en ese momento renunció a los desvelos del espíritu, a la moralina cubana, a lo que la canalla sin principios llamaba ‘patriotismo’.

”En medio del caos experimentó una jubilosa postración: *¡A la mierda, a la mierda todo! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Abajo Cuba!*.

”Un señor de color que por algún motivo insistía en seguirla, se le prendió de la saya. Ahora, tras remontar el molote, rodaban juntos, derrotados y extáticos, confundidos en la avalancha”.

177

“Cuando volvió en sí, vio una mano negra, como bajada del cielo, que la asía por las greñas de fibra sintética. Sentada en un bache se

sintió desorientada y sola. Unos diablitos de pasas rubias —los integrantes de algún conjunto afrocubano— pasaron de largo, azotando tumbadoras.

”Completamente exhausta y desconfiando hasta de su sombra, se dedicó a observar a los agitadores, a los que levantaban pancartas pintadas en trozos de cajas, a los jenízaros que izaban la enseña americana al revés, a las viejas de mirada torva que llevaban las cabezas cubiertas con mantillas. ¡Cualquiera podía ser un espía, un doble, un infiltrado, un provocador, un chivato! Vio a una mujer que enarbolaba un bebé de plástico clavado a una cruz y, por un instante, creyó reconocer en ella a Blanca Rosa, su única hermana. Levantó los ojos al cielo y se topó con una muchedumbre en escorzo, deformada y burlesca, que vitoreaba, tragaba, empujaba y maldecía...”.

176

“Fue entonces que el caballero de color la levantó de un tirón y, tomándola por la cintura, la obligó a avanzar. Agradeció el gesto solidario y se sintió reconfortada. Se movieron voluptuosamente en medio de un círculo de beatas que decía el rosario, cercados de bidones ardientes. Pasaron por delante de san lázaros de distintos tamaños remolcados por penitentes en hinojos. Oyeron a predicadores que blasfemaban por los altos megáfonos. Marcharon a la zaga de abanderados, rengos, protestantes, pachangueros y paramédicos. Un toro blanco que cargaba la imagen de una virgen centroamericana se les atravesó en el camino, justo en el momento en que otro empellón brutal, colmado de toda la saña del mundo, los lanzó dando tumbos contra las pancartas, las ofrendas florales, los kioscos, los altares y las vallas”.

”Así, sin proponérselo, se vieron metidos en el meollo de la acción, en el mismo centro del drama del siglo: Lázaro tenía los pies grandes y el bigote desteñido, y Marieleusis llevaba rayitos en el pelo. Los vieron de cerca, tal vez demasiado cerca. Alcanzaban a la turba botellitas de agua por encima de las barricadas...”.

No había nada extraordinario en todo aquello, le aseguró Federico a su sobrino. ¡Nada de nada! Era más bien una postal en tercera dimensión, con sus grandes defectos a la vista. Era una escena sacra y profana, barata y preciosa al mismo tiempo, pero desprovista de alcance, de alguna clave, aunque no sabía cuál.

Admiraron, resignados, los retablos policromos que, como grandes frescos, evocaban horrores a la entrada del caserío:

El Neumático Rodeado de Delfines.
El Presidente Clinton, el Diablo y la Fiscal Janet Reno.
La Madre, el Traidor y el Hijo en la Balanza de la Justicia.

175

Me veo obligada a reproducir aquí, en aras de la continuidad, tres o cuatro capítulos de nuestra exitosa radionovela, *El suplicio de los Hernández*:

Marieleusis llegó temprano al salón de belleza donde lavaba, zurcía y peinaba pelucas.

El establecimiento conservaba intacta la vidriera de la peletería que había operado allí en la época dorada de La Playa. El sol daba en el cristal, y el letrero del *Morgenstern Beauty Salon* arrojaba sombras chinescas en las losas de congoleum.

Dispuestos en los nichos de acrílico de una unidad de pared, había botes de champú y acondicionador Mirta de Perales: las botellitas rellenas de químicos cremosos llevaban estampada la cara de la famosa cosmetóloga.

Dos perfiles (uno de dama y otro de caballero) montaban guardia al rótulo y, debajo de este, en escalinata, sendas hileras de palabras hebreas y castellanas informaban al cliente de los variados servicios:

ryitos
thintes
sheitels
zejas...

Nurit, la esposa del dueño, apareció en el colgadizo, guiando entre los estropeados sillones a una mujer con la cabeza envuelta en toallas.

—¿Han oído las noticias, muchachas? —preguntó Nurit.

Silencio.

—Un niño apareció en una canasta... —se respondió a sí misma.

—¿En una canasta? —balbuceó una clienta.

La otra habló en yidish, debajo del velo.

—Sí. La madre lo arrojó a la corriente.³

—*Oh, my God!* —gritó Marieleusis.

El astro rey tamborileaba en el gran vidrio. Había desconchado las letras trazadas a pincel por un principiante: los escarabajos de *shin* refulgían a contraluz, y la sombra del *alef* caía como una cruceña en la boca de una mujer dormida.

La muchacha miró al techo.

—*Oh, my God... my God!* —repitió, y tuvo que ir a recostarse a una silla, junto a la mesita de las revistas.

Una gran lámpara con la base en forma de pirámide reposaba sobre un aparador niquelado que contenía las obras completas de Jacobo C. Finger.

Entonces, de puro nerviosismo, se quedó dormida.

Roberto el estilista, que entraba en escena, corrió a abanicarla con una revista *¡Hola!*

174

Si la joven peluquera sacaba la carta impregnada de sudor que llevaba escondida en el seno, todo el mundo se enteraría de quién era. Colocó los *sheitels* peinados en las hormas de *styrofoam* dispuestas a lo largo del entrepaño, contra el trasfondo de la ciudad y sus plazoletas vacías. El domo de plata de la gran sinagoga relampagueó a lo lejos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Robertico.

Despertó acalabrada. No se sentía un brazo.

—¿Cuánto tiempo hace? —respondió.

Abrazado a la escoba, Roberto se fijó en el reloj de pared. Otras mujeres sacaron las cabezas de las escafandras.

Le trajeron un *schnapp*, que no probó, porque el aguardiente de ciruelas le provocaba arqueadas de solo olerlo.

—¿Está preñada?

—¡Nooo!

—¿Ella?

—¡Será del espíritu santo!

La señora Nurit le hizo señas para que lo apurara. La muchacha se mojó los labios y devolvió la copita a las manos de Morgenstern —el nombre que aparecía en las licencias mosqueadas, el propietario del establecimiento— que había salido a ver lo que pasaba.

De mañana las sulamitas dejaban las pelucas para un arreglo, las recogían por la tarde. La joven peluquera miró en derredor: viejas cubiertas con bonetes de nailon esperaban, atentas, por lo que ella se disponía a contarles.

—Hace una semana recibimos carta de nuestro primo de la isla. Un presentimiento colectivo las hizo estremecerse.

—Nos confirmaba que su mujer había embarcado en balsa con él... Otra pausa.

—¿Con el... Niño?

—Sí, con El Niño.

—¿En balsa?

—Sí, en una balsa.

Había llegado la hora de su anunciación.

—Una cámara forrada con un trozo de yute... —detalló, llorando, convencida de que no la entenderían—. Anunciaba que pronto estarían entre nosotros... Muy pronto. En unos pocos días. ¡Oh, Señor! Nos rogaba que estuviéramos alerta.

173

Marieleusis tiró la cartera en el sillón. Después fue a refugiarse en los brazos de su padre.

—¡Papi! —exclamó, entre sollozos.

—¡Quieta! Está todo bien. Lo rescataron los delfines, es un milagro. ¡Un milagro!

—Más tarde iremos...

—¡Prepárate a reclamarlo!

—¡Babalú! ¡Babalú! ¡Babalú! —coreaban afuera.

—¡Déjalos que griten!

—¡Belcebú, Belcebú, Belcebú! El diablo anda suelto —masculló Marieleusis, y escupió en el fregadero.

Le dio la espalda al padre y fue a asomarse al ventanuco. A través de las persianas divisó, del otro lado de la calle, las carpas del circo mediático, las cámaras de los noticieros, el hervidero de la canalla.

—¿Que el diablo anda suelto? —preguntó él.

Lázaro fue a colocar la lonchera en su puesto.

—¡Y hace rato! —estalló ella, sarcástica.

—Alguien llamó... —dijo él.

—¿Alguien... quién? ¿Llamó quién?

—Luis Miguel, otra vez...

—Es su sangre. No lo dudo —dijo Marieleusis, en un tono sombrío.

Lázaro abrió las puertas del aparador. Buscó una tacita confundida entre los frascos de multivitaminas.

—No me extrañaría, para nada, si se decidiera...

Colocó la tacita y el platillo sobre la meseta de azulejos.

—Ya se enteró de la tragedia familiar... —explicó Lázaro—. Le dije que le haríamos una misa. Un niño sin madre, a su tierna edad...

—Es como si nunca la hubiera tenido —se atrevió a aseverar ella.

—Le expliqué que no se había podido recuperar el cuerpo de la pobre Yezabel... —continuó el padre, asomando un ojo a la boca del termo.

Escurió la última gota en la taza.

—Que la procesión iba por dentro —suspiró.

—Pero yo... yo me encargaré de todo... de pelarlo, de bañarlo, de

llevarlo a la Academia Nixon-Martí. ¡Por favor, papá, no hagas caso!

Lázaro separó las bordadas cortinas. Se asomó a la ventana.

—Buena esa escuela, según me dicen... —comentó, con los ojos entornados. El uniforme tiene escudo... Hemos prosperado mucho, ¿no? Al principio, recuerdo pasar por allí y comentarle a tu madre: ¿cómo pueden tener corazón para meter a los pobres chiquillos en este corral?

Hizo una pausa antes de añadir:

—¡Quién iba a imaginarse!

Marieleusis tendió en el borde del fregadero la toalla de papel absorbente con que había secado los estantes.

Se volvió hacia su padre. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¡Los primeros dos años aquí son los más duros! —dijo.

Luego le rodeó el cuello con sus brazos delgados. El varonil mostacho rozó sin querer las hebras castañas bañadas de *spray*. La cara de María, asomada al omóplato, era un óvalo perfecto.

Y en el televisor de la meseta se vieron abrazados en tiempo real.



Notas

¹ “Yo soy aqué”, por Raphael Martos; balada romántica del compositor Manuel Alejandro, 1966.

² “Zapateros fueron Josif Stalin, Chaim Soutine y Jacobo Boehme...”, declara Isaac en una nota taquigráfica dirigida a sí mismo. “Había dos tipos de zapateros”, escribe, al margen del catálogo *Soutine en Guaos*, “el que hacía la parte superior del zapato y el que remataba las suelas. Uno era tenido en más alta estima que el otro”.

³ *Ya. Die muter hat es in di taykh.*

Ahmed Espino
(Santiago de Cuba, 1988)

Sin intelecto

Marionetas en calidad de hombres
(hombres en calidad de marionetas):
padres que bajo la influencia de su estatus
zarandean a sus hijos hasta formar
su única y propia semejanza.
Reformadores que pensando en sí mismos
hacen de sus pequeños una trata sin colonia.
Hijos adaptados al látigo y las cuerdas.
Marionetas en calidad de hombres
(hombres en calidad de marionetas).

Con más reformadores que padres
mi esfuerzo pretende la justa medida
que el bárbaro dentro de sí rechaza
con una mueca de asco.
Una afirmación que llevada hasta la farsa
inclina un montón de cabezas
a las que les han robado su señoría
y no se les nombra ni padres ni maestros.

Maldita Poesía

El fracaso se adquiere por voluntad propia.
Aunque un hombre se pervierta
en lo que ansía,
quién pudiera remediar su mierda
o quién podría ascender en ella.
Toda angustia obtiene su trascendencia.
Amado o amante, tuyo será el desprecio.

El hijo de nadie

Masa tumoral hiperdensa
 en región nasofaríngea
 que mide aproximadamente seis cm
 y produce marcada destrucción ósea
 en la base del cráneo.
 En su crecimiento alcanza
 el lóbulo temporal izquierdo
 y frontal derecho.
 Línea media entre los cuernos
 de los ventrículos,
 condicionando ligera dilatación.

Mi madre cuatro semanas sin vida.

Mi padre...

“Genios”

Lindo les hubiese quedado el nombre “Genios”.
 Buitres que defecan en la escritura.
 Sabandijas de oficina, adjuntas a un montón de convocatorias
 y sus líderes atentos a las filtraciones, el amiguismo o la política.
 Fanfarrones que despueblan el conocimiento.
 Forman una peste tan peligrosa
 que tildan de insignificantes a los que no se les someten.
 Engordan conforme a lo abrupto.

Este sería mi Elogio de una época
 que se hermana a las intrigas y estupideces.

La mamada

Ciertos cantores de mi generación
no quedaron huérfanos a los veinte
ni fueron criados en una cloaca
ni destruidos por un trabajo inútil.
No salieron a comprar amigos
y palparon (doblemente) la decadencia.
No han sido arrastrados hacia la miseria
ni han dirigido protestas.
No padecen, y sin embargo escriben.

La ciencia del charlatán

Una boca sin fondo
emite ante su lenguaje
disímiles trucos.

Toma el fraude
como dueño de un auditorio
donde las especulaciones infectan.

Va esparciéndose
hasta contagiar un principio,
una política o una comunión.

A menudo se escapa de la crítica.
En ocasiones pienso
que nacemos consigo.

Cradle Song

Cuando aún las sábanas delataban mi orine,
subsistía, mientras ella agotaba sus horas
en una fábrica textil.
Nunca he merecido hablar de ella.
Mamá adelgazaba por aminorar nuestra ruina
y yo reía, la insultaba sobre su suerte.
Alguna deficiencia o solución cesárea propagó esta cordura.
Imágenes de un padre que pervirtió
la devoción de mi madre.
No era la suya una agudeza estúpida
hecha por la costumbre
sino creada de un sigilo despojado de convicciones.
Así se escudaba mi padre.
Precavido debería ser quien graduado de economista,
planificó su fortuna y semanas después
resurgió más mísero que nunca.
Donde los barrotes mecen el hambre,
observarlo era mi obsequio.
De sus malas obras provenía mi felicidad.
Dura fue la temporada.
Es tan difícil batallar en calma
que traicioneros deben ser tus alivios.
Maldíceme, que ya no importa.
Borraré tus pecados, te perdono.

(Mis males son males de hombre.
Conozco mi dosis y de ella preciso.
Nacimientos, dolor, desesperanza, se alteran
con la tiesura de una comunión
y nos deja inmóviles, impacientes, degenerados).

Ella es la culpable.
Como un enfermo que dispone de vicios
la diluyo con imbéciles citas
mientras le auguro en no sé qué tiempo
el fruto de mis palabras.
Vocablos de mugre y arterias
que lactan servidumbre;
una derrota capaz de abolirlos a todos.
La culpable lo ha dicho: soy el hijo indebido.



Fernando Villaverde

(La Habana, 1938)

Las Noches Apacibles

Me desperté con la calle llena de ruidos distintos, y entre el ruido de los autos que iban y venían por calles cercanas o más lejos, no se distinguía ningún motor en marcha de un auto detenido, imposible saber si seguía por allí cerca un auto detenido con el motor en marcha. Una multitud de distintas voces también venía de la calle, voces entrecruzadas en el callejón, y en el tumulto de voces tampoco era posible distinguir abajo las dos voces, cuando entre el tumulto parecía distinguirse una conversación, imposible saber si eran dos voces conversando, la voz de un hombre y la voz de una mujer, o si eran muchas voces de hombres y mujeres en conversación, o voces de hombres solos entre sí o de mujeres solas entre sí, voces que hablaban y hablaban sin parar. Algunos toldos de las ventanas de enfrente habían sido bajados para guardar el fresco de la noche antes de que entrasen el sol y el calor, y detrás de los toldos echados ya casi del todo se distinguían ahora más abiertas algunas de las ventanas que de noche habían estado entrecerradas. Las antenas de televisión y las tejas de los edificios de enfrente y de otros edificios más allá no se distinguían como durante la noche como destellos relucientes a la luz de la luna. Ahora relucía al sol todo el paisaje, iluminado y parejo, sus colores entremezclados unos con otros en un paisaje iluminado todo entero y cada vez más reluciente bajo el sol. Bajé a la calle, era temprano y todavía no se había llenado de gente el callejón, no había ningún auto detenido con el motor en marcha ni en la bocacalle de Echegaray ni en la que daba a la Plaza de Santa Ana, solo autos detenidos con el motor apagado o autos en marcha circulando por las calles. Fui por Príncipe hasta la carrera de San Jerónimo, seguí hasta la Puerta del Sol, por Arenal hasta la Plaza de España. Fui por la acera, bajando a veces a la calle para no pisotear los charcos de agua de las mujeres que limpiaban las aceras de rodillas frente a comercios a punto de abrir. Frente a cada uno de los comercios a punto de abrir, la acera estaba empapada por la limpieza matinal, lo mismo la panadería, que el café, que la bodega.

Bajaba de las aceras a veces para no pisotear el charco de limpieza causado por las mujeres al limpiar, a veces para evitar los palos de trapear de las mujeres o los trapos con que limpiaban las aceras, sobre todo para evitar a las mujeres tiradas de rodillas a limpiar, tiradas sobre manos y rodillas, tiradas a cuatro patas y frotando las aceras frente a sus comercios con trapos y cepillos de mano, como si las aceras fuesen el mostrador de sus comercios. El vendedor de periódicos de una de las esquinas de la Plaza de España abrió el puesto y empezó a colgar fuera periódicos y revistas. Colgó primero en las puertas abiertas y las paredes exteriores del quiosco las perchas de donde iba a colgar periódicos y revistas, y luego fue colgando en las perchas los periódicos y las revistas amontonados de noche en el interior del quiosco, o los que le habían ido llegando al amanecer y habían sido dejados en paquetes bien atados en torno al quiosco. Periódicos y revistas habían quedado bien ordenados del día anterior en montones entrecruzados dentro del quiosco, y para colocarlos el vendedor no tenía ni que mirarlos, recogía los montones uno a uno y los iba colocando en las perchas sin necesidad de mirar cuál era la revista o cuál el periódico, o los desplegaba sin necesidad de mirarlos en el mostrador delante del quiosco, y del mismo modo iba desatando los paquetes de periódicos y revistas que le habían repartido durante la noche que, o colgaba en perchas, o desplegaba en el mostrador del quiosco, o a veces amontonaba junto a otros paquetes dentro del quiosco, y a la vez que los iba colocando iba vendiendo los periódicos del día a quienes se acercaban a comprarlos a su quiosco. Llegaban los clientes uno tras otro, y él hacía las dos cosas a la vez, colocar periódicos y revistas en sus sitios en las perchas y, sin interrumpirse, vender los periódicos de la mañana que acababan de salir y que los clientes venían a comprarle uno tras otro con la misma frecuencia que si estuviesen en cola. Les entregaba el periódico, cobraba y daba el vuelto o recibía el pago justo, y manejaba los cobros y los vueltos con unas latitas colocadas sobre una de las revistas en el mostrador, latitas con distintas monedas como las cajillas de una caja contadora y, a la vez, seguía colgando periódicos y revistas en sus perchas. Volví por Gran Vía hacia Cibeles, me metí por una calle lateral, me fui a un café de la calle lateral más barato que los de la Gran Vía y me tomé un café de pie en la barra. La cafetera perdía presión y el cantinero nos preguntaba a los clientes si el café seguía saliendo bien. Estaba seguro de que la cafetera no iba a aguantar la

mañana, y el mecánico de cafeteras no acababa de llegar, a pesar de que él lo había llamado nada más echar a andar la cafetera al abrir el café y encontrarla sin suficiente presión. Los clientes le respondían todos que el café no estaba mal, estaba tan bueno como siempre, y él les explicaba que estaba echando algo menos de café a los botes de la cafetera para tratar de compensar así la pérdida de presión. Le eché al café poca azúcar por si acaso, al probarlo no lo noté malo, no le noté diferencia con el de otros cafés, nunca había venido a este café. Quedó un poco amargo, me lo tomé sin echarle más azúcar y me fui. Volví a Gran Vía y bajé por Gran Vía hasta Cibeles, torcí por el Paseo del Prado hasta llegar a una tienda de vinos con olor a vinagre que ya había abierto y compré una botella grande de cerveza. Doblé por la Plaza de Santa Ana y compré el periódico. La guerra de Vietnam seguía con los guerrilleros avanzando en varias zonas, la situación parecía calmarse en Santo Domingo con los marines ganándoles a los sublevados y a Geraldine Chaplin se le había perdido su perro Boris mientras filmaba el Doctor Zivago. Daría una recompensa al que lo encontrase. Subí a casa, Pepe me abrió la puerta, me miró extrañado al verme entrar tan temprano en la mañana de la calle, sin tratar de disimular la extrañeza de su expresión, pero sin decirme nada. Entré al cuarto sin dejarle ver bien hacia dentro, sin dejarle ver quién estaba dentro, sin dejarle ver quién no estaba dentro, cerré la puerta con llave desde dentro, puse la botella de cerveza sobre la mesa de noche, me tiré en la cama sentado contra la pared bajo la ventana abierta por la que entraban ya sol y calor, puse el periódico a mi lado, abrí la botella de cerveza, llené de cerveza el vaso verde, puse la botella mediada en un rincón oscuro del cuarto para que no se calentase demasiado, leí el periódico completo, me tomé completa la botella y volví a salir a la calle a media mañana.

2

Un hombre rodeado desde cierta distancia por una multitud sangraba por la nariz, tenía la camisa blanca abierta y rota una de las mangas, y la camiseta, también blanca, rota en el pecho, manchas de sangre en la camisa blanca rota y en la camiseta blanca rota. Era gordo y joven, la nariz le sangraba o si ya no le sangraba le quedaba un rastro de sangre que le corría desde la nariz a la barbilla y trataba de

ir hacia adelante, empujaba tratando de alcanzar la esquina del callejón, la esquina donde el callejón se encontraba con Echegaray, y era empujado hacia atrás por tres o cuatro hombres que lo contenían sin dejarlo llegar hasta donde él quería, sin dejarlo doblar a Echegaray. El hombre con la camisa y la camiseta manchadas de sangre gritaba hacia Echegaray, hacia el lugar a donde quería ir y a donde no lo dejaban ir los tres o cuatro que lo contenían, aguantándolo por los brazos sin dejarlo apenas moverse, permitiéndole si acaso medio paso o el amago de un paso, aunque obligándolo enseguida a retroceder ese medio paso hasta dejarlo de nuevo en el mismo sitio de antes. No podía oír lo que el hombre decía, qué gritaba hacia el lugar de Echegaray a donde quería ir en medio de los gritos de los tres o cuatro que lo contenían y le gritaban, y en medio de los comentarios y los gritos de la multitud que los rodeaba desde cierta distancia, mirándolos a los cuatro o cinco, hombres y mujeres, que comentaban o gritaban y miraban con caras asustadas, desde su prudente distancia, al ensangrentado y a los tres o cuatro que lo contenían. El escándalo de la gente se mezclaba con los ruidos de los motores de los autos que pasaban por Echegaray, autos que reducían su marcha tratando de ver qué estaba pasando, pero pronto tenían que seguir para no detener el tráfico, no detener a los que venían detrás, que sin haber visto de qué se trataba el tumulto, tocaban el claxon para apurarlos, mezclándose los cláxones con los ruidos de los motores de los autos y con los gritos del hombre, los gritos de quienes lo contenían y los comentarios y gritos de la multitud que los rodeaba sin atreverse a intervenir. Pasé junto a la multitud, doblé por Echegaray hacia la izquierda, a donde quería ir el de la camisa y la camiseta rotas, y al doblar me encontré con un hombre tirado, inmóvil, en la acera, sangraba más que el otro, le sangraba la nariz como al otro y, además, le sangraba la cabeza, tirado en la acera con la cabeza tocando la acera, y de detrás de la cabeza le salía un hilito de sangre que formaba un charquito debajo. Se movía, intentaba levantarse sin lograrlo, y otro a su lado trataba de ayudarlo a levantarse sosteniéndole la cabeza por la nuca, rodeados los dos por una multitud igual que la otra, una multitud que también comentaba y gritaba y los miraba también desde una distancia prudente sin atreverse a intervenir. Un automóvil vino por Echegaray, un taxi, y el hombre que trataba de levantar al otro por la nuca lo vio venir, le volvió a colocar la cabeza al que sangraba sobre su sitio en la acera, se la

colocó sobre el charquito de sangre, se tiró a la calle a la carrera y se plantó delante del taxi que venía, haciéndole con los brazos gestos de que se detuviera e interponiéndole en el camino su cuerpo para no dejarlo seguir. El taxi llevaba dos pasajeros, dos mujeres en el asiento de atrás, se detuvo, las mujeres no se bajaron, el hombre que había hecho gestos con los brazos se quitó del camino para ir a buscar al hombre que sangraba tirado en la acera, el taxi arrancó, el hombre que había ido a buscar al de la acera saltó, le volvió a colocar la cabeza en la acera al que sangraba, corrió a plantarse otra vez en el camino del taxi haciéndole otra vez gestos con los brazos e interponiéndosele en su camino para que se detuviera. El taxi se detuvo por segunda vez, tampoco esta vez las mujeres se bajaron, y el que había hecho gestos con los brazos fue por segunda vez a buscar al que sangraba tirado en la acera, que intentaba moverse y se apoyaba sobre un codo intentado alzarse por sí mismo, sentarse por lo menos. El taxi volvió a arrancar con las dos mujeres dentro, y el que había ido a buscar al que sangraba y que intentaba alzarse saltó y, por tercera vez, se le interpuso al taxi en el camino, pero esta vez se le acercó más y dio varios golpes contundentes en el capó del auto con las palmas de las manos, golpes dados en el metal que resonaron por encima de los gritos de la multitud aglomerada a cierta distancia del que sangraba tirado en la acera, y por encima de los gritos que llegaban hasta allí de la multitud reunida en el callejón al doblar, golpes rotundos, como si quisiese romper el capó con los golpetazos de sus manos. ¡¿Que no ve que llevo pasaje?! ¡Que salga el pasaje, me cago en la leche! Las dos mujeres en el asiento de atrás fueron a salir rápidas del taxi sin que el taxista les dijese que salieran, el taxista se bajó más rápido para abrirlas la portezuela y ayudarlas a salir, y el que había dado los golpes en el capó fue hasta el que sangraba en la acera que todavía no había podido alzarse, aunque lo siguiese intentando apoyándose en un codo, lo alzó sosteniéndolo por la nuca, y el que sangraba le pasó un brazo por encima del hombro al que lo ayudaba tratando de alzarlo. El que lo ayudaba logró alzarlo, primero lo sentó y luego lo alzó sobre sus pies, y el hasta entonces tendido en el suelo que sangraba y tenía rotas la camisa y una de las perneras del pantalón, y manchas de sangre en el espaldar de la camisa logró dar unos pasos con su ayuda, y el que lo había alzado de la acera donde quedaba un charquito de sangre abrió una puerta de atrás del taxi, lo ayudó a entrar y a sentarse en el taxi, entró por la

otra puerta de atrás, se sentó y le gritó algo al taxista, que seguía de pie en la calle junto a las dos mujeres, recibiendo o entregando dinero. ¡Pero hombre, espere que dé el vuelto a las señoras! Las dos mujeres dijeron no con un gesto de la cabeza y de las manos y, sin alcanzar a oírse qué decían, dieron la espalda al taxista y se fueron por la acera, el que le había gritado al taxista volvió a gritar otra cosa que tampoco se entendió y el taxista subió a su auto, se sentó, arrancó y se fue tocando el claxon como si fuese una ambulancia con los dos hombres dentro. La gente aglomerada en Echegaray empezó a dispersarse y el charquito de sangre quedó manchando la acera. Pasé junto a la mancha, doblé hacia el callejón, el de la camisa y la camiseta rotas y ensangrentadas se había ido, los tres o cuatro que lo contenían se habían ido, y los de esa otra multitud se dispersaban por el callejón conversando en grupitos. Pasé junto a varias gotas de sangre que no había visto antes manchando la calle, gotas de sangre del de la camisa y la camiseta rotas, gotitas como de una fruta mordida. Entré a la pensión, pasando por delante de la portera y de otra mujer. Conversaban entre ellas en voz muy baja y sin mirarse, muy discretas sin dejar de mirar hacia la esquina.

WASHINGTON, D.C.

THIS NOTE IS LEGAL TENDER
FOR ALL DEBTS, PUBLIC AND PRIVATE



L 11180916 G

Alba Moon

(Córdoba, 1993)

Las afueras:

el lugar donde la tierra escupe los desechos de quienes tienen hogar.

Orígenes

No se puede escoger la familia en la que uno nace
ni el país en el que crece.
Mi abuelo me lo enseñó
en las llagas de sus manos.

Confesión

Las paredes se hacen grietas al tacto de mis dedos.
La palabra hogar es un jirón negro que cuelga de mi boca.

Estoy llena de premoniciones.



Juicio

En la radio dicen que las muertes ascienden
pero que hay que sonreír y rezar
no perder la fe
que un día se escucharán nuestras plegarias
y dejaremos de morir en los cafés
en las aceras en los *pubs* en la oficina
que los malos son todos los demás
porque unos pocos se matan en nombre de un Dios
pero nosotros no somos así
nuestro Dios no es el mismo
Él no permite
que los niños se pudran en fábricas
o sean asfixiados en sus camas
que pateras naufraguen y bosques ardan
que una bala tenga el mismo precio que una vida
o que ni siquiera haya pan.
Nuestro Dios es el verdadero
el que se alza entre las llamas
y regala armas para demostrarnos su amor.



Condena

Lo peor de las mañanas es despertar
seguir con la rutina
tomar el desayuno con normalidad
 ducharse con agua fría
 abrir el periódico sin que pesen las nuevas muertes
 salir a la calle con la mueca de *todo está bien*
 cruzarse con los vecinos y aplaudir los logros de sus hijos
 mientras escupen *cuánto tardarás en tener los tuyos*
 caminar por la acera chocando con los transeúntes
 pidiendo perdón en cada esquina
 huyendo de manos infames en el metro
 todo para acabar sentada en un banco incómodo
 preguntándose si una está viva o muerta
 si todavía hay tiempo para ir al trabajo
 o si es mejor esperarse
 a que el semáforo esté en rojo para cruzar.



Sacrificio

Lo siento, mamá.
Jamás te dirán *abuela*
tus brazos no harán de cuna
tus platos no serán sustento
no habrá apellidos
sucesión
no habrá otra persona con tus rodillas
no pasearás a nadie los domingos
ni coserás pequeños trajes
no darás dinero a escondidas
no recibirás felicitaciones
ni adornos para la nevera
no te preguntarán por tu pasado
ni contarás cómo fue tu vida
o la mía.
No habrá consejos
ni riñas.
Nadie más que yo
notará tu ausencia cuando te hayas ido.
Lo siento, mamá
por amar demasiado este vientre
y no dejar que lo habiten.



Laura Domingo Agüero (La Habana, 1985)

El juego de las estrellas

Hasta ese momento no creí en las profecías.

Un mes antes había sentido que se unían sobre mí el cielo y la tierra, y que yo era aplastada por un complot universal, hasta que me senté frente a una experta en cartas astrales. La mujer encendió dos velas y un incienso, me hizo tres preguntas y luego habló de algo que podría definir como poesía marciana. En resumen, aseguró que mi destino daría un vuelco en cuatro semanas y pensé que quizás las estrellas no eran solo sibilas de la decepción. Lo comprobé cuando abrí la puerta de aquella casa en el DF y vi sus ojos verdes, uno más verde que el otro, uno más pequeño que el otro, uno más poblado de pestañas que el otro. Me detuve allí hasta que él me devolvió el atrevimiento. No se interesó en mi nombre ni mi nacionalidad, pero indagó sobre mi profesión. Al parecer, creyó que pertenecía a los asuntos secretos y acabó confesándomelo: “es que en Cuba vendí moringa ilegal”.

Mientras, su hermana hacía té de esta planta para los invitados, y mi amiga uruguaya conversaba con otro cubano en el extremo opuesto de la cocina.

Yo sí le pregunté el nombre, que sonaba a *aloe vera*. Primera resonancia. Acá resurgió la bruja, digo, la astróloga, como un arcángel de la adivinación. Mi vida se cerraba y yo tratando de concentrarme en la mejor forma de exterminar un conglomerado baboso de espacios vacíos.

En tanto, él puso su mano en mi espalda, sin ningún asomo de morbo —aún—, sino con actitud de mesías.

Me bebí la moringa, que parecía contener 18 grados de alcohol porque después del segundo trago, algo cambió entre él y yo, del resto ni me acordaba. Y aquí comenzó él a desplegar su lado místico: historias de diosas hindúes, patakines afrocubanos, relatos sobre Quetzalcóatl, citas del Evangelio de San Lucas... “Es que soy, la verdad, un poco *new age*”, se autodefinió, y luego sonrió achicando su ojo de escasas pestañas que contenía en sí un holocausto wagneriano, o quizás era mi imaginación.

Todo bien, pero no estaba dispuesta a caer tan rápido, por eso desaparecí media hora después dejando atrás a la uruguaya y la moringa. Creo que había transcurrido media hora o bien dos, tres, un milenio, pues uno nunca sabe con exactitud qué significa el tiempo, y él tenía la forma clarísima del destino.

Salí a la calle. Hacía un frío del demonio en aquel agosto mexicano. Me subí al pesero. “¿Te lo hubieras imaginado?”, me dije en lo que comenzaba a entender la vida como una conexión de azares, como el polvo de la luz, como la totalidad de un cosmos misterioso e inescrutable en el cual nuestras pequeñas aventuras cotidianas son un chisporroteo de energía que contiene en sí otro universo molecular.

Transcurrió una semana en la cual todo se agriaba dentro de una sustancia amarga brillante que iba quemando cicatrices muy antiguas.

Lo próximo de lo cual vengo a tener memoria es de un personaje encapotado que apareció en la lectura de poemas a la que me habían invitado en la Colonia Roma. Aquel Peer Gynt estaba metido en la sesión de libros de arte japonés cuando llegué sacudiéndome el ácido que cae del cielo en esa ciudad. Pero no, la lluvia no sirvió sino para distraerme, porque resulta que el primer integrante del futuro auditorio de poesía que se iba a dar cita allí, el personaje ibseniano, no era otro que Vera. Sin dudas había comenzado a perseguirme. Me miró y pensé que nunca más existiría en otros ojos que no fuera aquellos, que también tenían espinas y rayas.

Al final me escabullí de nuevo, y luego lo contacté por ese medio universal, asesino de teorías del reencuentro y poderes de la mente, que es el Facebook. Su foto de perfil era un punto negro en explosión.

“¿Qué signo zodiacal eres?”, pregunté yo, que no tenía la menor idea de esas cosas ni de lunas negras, equinoccios o recorridos del sol, pues para mí las estrellas ocupaban un lugar cualquiera en la nata aburrida del cielo. Pero he aquí que con tantos embates, cuando él contestó “Sagitario”, volví a ver a la astróloga en mi casa de La Habana diciéndome las señas de mi salvador.

O sea, ya está, su respuesta es definitiva.

Y ahora que todo era cierto, me sentí perdida.

¿Qué hacer?

Nada. No es necesario hacer nada y él lo entendió, así que una noche de sábado nos fuimos a beber a un sitio de Coyoacán. Nos sentamos frente a frente. Mi mesías comenzó a hablar de artes plásticas, que era lo suyo, y luego de poesía, que era lo nuestro.

Corte A: Yo encarnando *Psicosis a las 4.48* en un parque del Vedado un mes atrás, cuando lo del complot universal.

Pero ahora quería aprender todo sobre los diálogos con las estrellas. Si ellas hubieran sido más claras desde el inicio, cuántas cosas me hubiese ahorrado. En tanto, Vera hablaba sobre los dioses, y el mezcal hizo el resto.

Nos paramos a bailar música cubana como dos nacionalistas, porque aquella melodía nos pertenecía y queríamos hacérselo notar a los descoordinados cuerpos aztecas que nos rodeaban, a pesar de que jamás me había gustado esa actitud. —He sido un poco *snob*, y esto no debe ofender a nadie porque ya está casi anulada y de manera espontánea la palabra “compañero”, que siempre nos fue un poco ajena—.

Y vuelta y vuelta de salsa, y una mano —mía— por su hombro y otra mano —suya— por mi cadera. Era evidente que el mesías se había propuesto llegar pronto a la escena de la Pasión, así que salimos del sitio como dos bolas de billar, rebotando de árbol en árbol, hasta que dimos contra la puerta de Frida Kahlo.

Justo allí se me ocurre decirle que la luna era redonda, y a él le estalla la lujuria con sus ojos verdes como estacas sobre mis pobres, ordinarios, chiquitos y embriagados ojitos pardos.

Corte B: Vivo en Coyoacán desde hace un mes, a unas cuadras de la Casa Azul, y espero a Vera que viene a lo lejos con un ramo de flores. Las cosas suceden exactamente como era debido —¡por una vez!—, mientras yo hundo mi dedo índice en el flan que él había preparado antes de salir. Entonces, abre la puerta hasta el límite —lo tenía muy estudiado— en el que la madera no pega contra la cazuela llena de caramelos para Elegguá.

Sé que no estoy enamorada porque lo miro todo y trato de captar cada detalle, cada objeto, y lo coloco en un sitio muy definido de mi mente. Pienso en eso mientras camino por las calles del DF, una ciudad en la cual uno nunca debería distraerse. Por tal motivo coloco mal un pie y, en cámara lenta, me res-ba-lo, a-le-te-o, una mano parece dispuesta a salvarme —la mano ondea, la mano salvadora, la mano mesías, la mano vera, la mano *aloe vera*—, resbala, mi mano escuálida da contra el suelo, y se me rompe el cúbito y el radio y los tejidos adyacentes.

Primer plano: dolor. Dolor intenso, desconocido, tremendo.

Pienso en la astróloga mientras me llevan al hospital. Siento que me lleno de energía, que me expando, vuelo, me transformo; pero esto no es ficción, aunque comienzo a ver al ajolote que asciende por mi cuerpo como si yo pudiese alimentarlo. Por último, después de las radiografías, un equipo de batas blancas me atiende y, cuando se enteran que soy pobre, sugieren que regrese a mi país lo más pronto posible. México me expulsa como a una criatura inservible.

Pero, ¿cómo la astróloga no me va a decir que algo así sucedería?! Obviamente doy por sentado que lo supo y calló.

En eso surge el mesías con sus ojos que parecen resolverlo todo. Me lleva a casa, rezamos a Elegguá, a Ometéotl, a los dioses hindúes, y tomamos té con mi brazo en cabestrillo.

Hay un largo plano secuencia de Vera, que en lo adelante se dedica a cuidarme como un padre que nunca desconfía de la verdad que existe en su hijo, el objeto creado. Esto significa, bañarme, darme de comer, desenredarme el cabello a pesar de mis gritos, cepillarme los dientes, alcanzar lo que mi mano quebrada no puede, colocarme las medias y las botas, y cantarme melodías medievales de Japón —esto fue lo peor—.

Hay algo místico e inoxidable recién descubierto, por eso él nunca se detiene, no así la luz, que pasa por encima de nosotros, acorta los días, acelera el viaje.

La maldita luz me lleva al aeropuerto.

La despedida es rápida, como debe ser. El drama está ausente porque aquí no hay pérdidas, nada acaba —según la astróloga—, y yo arrastro la maleta con una mano, la otra en cabestrillo. No puedo decirle adiós.

He leído que los amantes se atraen por razones biológicas, coinciden en su información genética. Recuerdo que Vera a menudo padecía dolores de estómago como yo, y en ocasiones tomábamos té de árnica y comíamos trozos de sábila que comprábamos en los yerberos de Coyoacán.

Time-lapse: llego a La Habana, me hacen una segunda reducción porque el hueso ha soldado mal. Cien imágenes de mi cara contorneándose en todas las expresiones posibles. Escucho palabras que parecen venir de un más allá, y pienso que son mis miedos. Transcurren dos meses de fisioterapia y un montón de nubes blancas por encima de mi casa en El Vedado.

Caigo en una especie de resaca del dolor.

No tengo conciencia clara de mi espacio. Me desnudo lentamente. Soy como una estatua, una cosa blanca y resistente, y un poco fría. Sobre mí resplandecen muchos instrumentos. Noto cosas nuevas que no desearía ver, y cuando miro en derredor observo personas que parecen llegadas de un más allá, no de esta vigilia perenne del intelecto.

Me recuerdo al lado de Vera como se mira a dos amantes detrás de un cristal. Uno cree que es capaz de saber lo que se están diciendo tan solo por el modo en que ella ladea un poco la barbilla o él humedece sus labios con la lengua. —La verdad es que conozco el lenguaje

del cuerpo, y todo el mundo sabe que aquello que acaba por conocerse hasta el dedillo se convierte después en un arma íntima y definitiva—. Vera era pintor de haikus, y todo a su alrededor parecía algo pequeño con olor a lavanda. Sus largos mensajes demuestran que vive mejor en las letras, y las letras comienzan a perder su significado. Intento excluir todo. Nunca me ha gustado el té. Lentamente regreso a mi tiempo.

La sábila ha curado cicatrices restituyendo el tejido porque mis dolores del estómago cesan; mientras, sigue el otoño (este engaño del clima insular), y los árboles pierden sus hojas. Anochece temprano, casi no hay mosquitos ni cucarachas y el césped se ha secado por completo. La sutileza de la muerte nos conduce a todos bajo la condición terminal.

No obstante, busco las mismas esquinas de los trovadores, de los muchachos que entonaban canciones como poemas. Busco las calles desoladas y púrpuras, que eran un escenario feliz en mi primera juventud. Busco las estaciones de la risa y encuentro un bar y otro, y un centro nocturno con iluminación surrealista, llaves que tintinean nuevos poderes, tacones baratos, luces blancas. Todo está empañado y brilla con la mirada de los imbéciles y los agonizantes.

La Habana se ha convertido en un reguetón, y ya no hay como perderse en el abismo de una noche que se parezca a las aguas de un lago.

Yo me quebré, es mi culpa, por eso trato de volverme a enfocar. ¿Sobre qué objetivo?

La escasa luz coagula los derrames de mis ojos. Observo unos pies acá, se asemejan a unos pasos, pero quizás es la esperanza. También hay sonidos interesantes, conversaciones, una pareja de ancianos que vende maní, un perro que lame una bolsa de nailon, un hombre con sombrero, y una mujer. Esta última comienza a alejarse. Me gusta su actitud, y defino el foco sobre ella que se vuelve cada vez más nítida. No sabe nada de ángulos fotogénicos ni le importan al parecer, todo aquello de las arrugas, las canas y la postura atrayente la fatiga un poco.

Cierro el plano. Estamos solas; pero ella no puede verme.

Se mueve y me obliga a cambiar el ISO. Sale de la penumbra, camina bajo los bombillos que colocaron en la entrada del cine para la ocasión.

El perro sigue lamiendo la bolsa que, evidentemente, contenía algo de comida. Es un perro delgado y viejo, con la piel del lomo pegada a las costillas y el pelo quemado por el sol.

La película se demora en comenzar, y yo me detengo en los movimientos de quienes me rodean porque sé que los gestos son el patrimonio de las culturas.

Es aquí que recaigo en el modo en que la mujer dirige sus ojos hacia el hombre con sombrero que me mira. Casi nunca aprecio estos detalles, pero en este caso, el cristal de sus pupilas tiene algo de irracional. Y comienzo a entenderlo.

La adivina dijo que mi salvador estaba en otras tierras, pero, ¿dónde? ¿Qué tierras son esas que no me pertenecen? Dijo que tendría el fuego dibujado en el rostro. Pero hace frío, es invierno.

Maldigo la hora en que, atraída por la posibilidad de conocer el futuro, elegí el camino más ingenuo.

Ella avanza un poco, emerge de la oscuridad, se acerca, sabe que no puede cambiar su entorno ni los sueños de pantano y piedra que la ciudad le ha obligado a construir, pero existe un centro inmóvil que no se dejará arrastrar ante la avalancha del olvido, aunque la soledad esté dibujada en su piel con relieves infundidos por el drama de la luz.

Sus pasos muestran un equilibrio singular como la más melancólica de todas las estrellas.

Se detiene a pesar del frío; no parece dispuesta a moverse más. Cruza los brazos sobre el pecho como si entendiera eso que llaman trucos cinematográficos, gracias a lo cual se puede mostrar a otro como si fuera uno mismo, o a uno mismo como si fuera otro. Mis ojos son la cámara y lo noto claramente: Yo soy ella. Este hombre con sombrero me ha enseñado a ver.

Corte C: Hastaesemomentonocreíenlasprofecías.-----
 -----.Dosvelasyuninciensomehizodosotrespre-
 guntasyluegohabló-----
 ----aquellacasaenelDFyvisusojos-----
 creyóqueperteneíaalosasuntossecretosyacabóconfesándomelo
 -----moringailegal.

Todo lo que queda se convierte en fragmentos acelerados y desacelerados por la memoria. No hay adivinaciones. La memoria es como la distancia, un cristal empañado. Silencio. No-forma. Una isla. Algo que puede hundirse o que tal vez se hundió. Pero yo estoy aquí, a tu lado. He convertido mis secretos en palabras. Enciende la luz. Destapa el lente. Acércate. Tú existes, no estás en mi memoria. No entres allí nunca. Por favor.



Enrique Del Risco (La Habana, 1967)

Semana negra

Primero Picó, luego Robby y, para rematar, Cavallero. A Picó lo vi en casa de Eltico. Ahora en verano a Eltico le ha dado por los barbiquiús. Con Eltico se puede hacer una novela. Al padre lo cogieron preso (político) cuando él acababa de nacer, luego estuvo en una bronca famosa contra la seguridad frente a la embajada americana en el 80, y ese mismo año vino para acá. Marielito. Bueno como un santo, pero le encanta meterse en problemas. Tuvo un *go-go* con mujeres que bailaban con las tetas al aire en Elizabeth, hasta que a los dos muertos se decidió a venderlo. Repara casas y las alquila en los peores barrios de negros de Nueva Jersey, donde al menor descuido te roban las ventanas, la plomería, te queman el carro o te matan. A él le ha pasado todo eso varias veces, excepto lo último, claro. Estuvo de manager de un supermercado en Baltimore, en un barrio peor todavía: la policía patrullaba en helicópteros porque no se atrevía a andar por tierra. Sus amigos en Nueva Jersey rezábamos porque no lo mataran. Y salió vivo, pero con una deuda enorme que no acaba de sacarse de arriba porque el negocio en el que está ahora, el de vender casas, no da ni para tomarse un café en la gasolinera de la esquina. Así y todo, Eltico celebra religiosamente sus barbiquiús y recoge a cuanta alma sola y atormentada deambula por el barrio. Al Cenizo, a Orestico, y ahora a Picó. Con el Cenizo también se puede escribir una novela. Y Orestico da al menos para un buen cuento. Un cuento sobre un alma firme y sencilla enfrentada a la fatalidad (en su caso la fatalidad es una forma de inercia que le impide reaccionar ante nada). Pero el personaje de esa noche fue Picó. Pintoretto estaba de visita desde México. Lo invitaron a una exposición, y me preguntó si se podía quedar en la casa. Le dije que sí, que por supuesto. Al principio pensé dejarlo solo para que recorriera Nueva York a su aire, pero Pintoretto es de los que se pierde en una cuarta de tierra. Para él *uptown* y *downtown* son intercambiables, así que me dediqué a llevarlo a todos lados. El día del barbiquiú de Eltico le di un paseo por Williamsburg y Brooklyn Heights. Al regreso le expliqué

que conoceríamos a Eltico y le hablé de él. También le hablé del Cenizo. De su acento vagamente español. De las conspiraciones en las que había estado metido cuando la dictadura de Batista. De sus veinte años de prisión que le regaló Fidel por interceder por alguien que ya estaba muerto. De su estoicismo zen en medio de las palizas, sus sesiones de yoga entre los presos, su rechazo a la violencia. Todo eso unido a su tendencia a aparecerse en cualquier rincón de la cárcel donde estuvieran repartiendo palos. Su erudición casi infinita y un tanto anticuada, como le toca ser a la verdadera erudición en tiempos de *google*. Su antiamericanismo irredento, sus grandes planes para Latinoamérica, sus teorías de las conspiraciones de los nexos entre el fascismo, el peronismo y el castrismo y, sobre todo, su infinita paciencia para con el mundo en cada una de sus manifestaciones, incluido el cáncer que estuvo a punto de matarlo el año pasado. Menos mal que le conté todo eso a Pintoretto, porque al llegar donde Eltico apenas tuvo tiempo de hablar con el Cenizo.

Allí estaba Picó.

A Picó se lo encontró Eltico no hace mucho. En un supermercado. Estudiaron juntos en el preuniversitario, se cayeron a golpes unas cuantas veces, pero Eltico lo recuerda con cariño. Eltico recuerda con cariño a casi todo el mundo. Basta con que no sea demasiado hijo de puta. Cuando se trata de un canalla más allá de toda redención, dice simplemente: “Ese tipo es un saquito de mierda”. Y para la cantidad de gente que conoce, ha repartido muy pocos saquitos de mierda. Apenas tres o cuatro. Eso le da a los saquitos un peso enorme, aplastante. De Picó siempre hablaba con cariño pero para nosotros era apenas eso, un personaje de las historias de Eltico. Hasta ese día. Picó se apareció en el barbiquíu “solo un momentico”, dijo, porque iba camino al gimnasio. Pero no se movió del asiento hasta tres horas después, cuando ya la mayor parte de los invitados de Eltico se habían ido. Durante esas tres horas monopolizó la conversación. No es que no dejara hablar a los demás, sino que todo el tiempo que estuvo no se habló de otra cosa que de Picó y sus problemas. Mi proyecto de conversación entre Pintoretto y el Cenizo se frustró. Enfocamos nuestra atención en Picó, empeñado en explicarnos lo terrible que era su vida manejando un camión catorce horas al día. Trabajar para mandar dinero a su familia en Cuba, y llegar a la conclusión de que la vida es, aquí y en Cuba, la misma mierda.

Esa misma semana, un par de días después del encuentro con Picó, vimos a Robby. Era el cumpleaños de la mujer. No soporto a la mujer de Robby, y el mismo Robby, si uno no está totalmente decidido a seguirle la corriente, es abrumador. Porque la corriente que

hay que seguirle es siempre la misma: tan espesa y profunda que, si tratas de remontarla, te ahoga. Lo mejor con Robby es mantenerse en la orilla, bebiéndose un mojito y fumando un tabaco en el balcón de la casa que da a un parqueo horrendo. Por la gente que se reúne en las fiestas de Robby y Adriana pensé que sería bueno llevar a Pintoretto a esa fiesta, y que así de paso conociera otro tipo de personajes que nos gastamos por aquí. Porque es un ambiente muy diferente al de los barbiquiús de Eltico. Robby nació aquí en Nueva Jersey, de padres cubanos, pero consideraría altamente ofensivo que no se lo considerara tan cubano como a cualquiera nacido en La Habana o en Mayarí Arriba. Fue a Cuba a realizar el trabajo de campo de su doctorado en etnomusicología, y en Holguín conoció a su mujer, un ser paliducho e histérico tan difícil de resistir como un cigarro encendido dentro de los calzoncillos. Antes me compadecía de Robby, pero ahora comprendo que, cada cual a su modo, son igual de insostenibles. Lo alivia, por suerte, el que Robby conozca un montón de músicos que, si están de buenas y Robby lo permite, sacan los instrumentos y arman descargas memorables. El problema es que Robby suele echar mano a un tema serio de conversación que casi siempre es el mismo: el derrumbe de la República Americana bajo el peso de sus propias insuficiencias. Lo que consigue es que todo el mundo se le aleje: empezando por su mujer y terminando por mí. La excepción son, por supuesto, los novatos que a falta de una advertencia oportuna se le acercan atraídos por su porte elegante, su voz profunda, sus ademanes lentos. Esta vez le tocó a Pintoretto.

A Cavallero fui a verlo por culpa de Pintoretto. Nunca había ido a su casa. Y habría mantenido toda la vida esa virginidad pero temí que en medio de la noche Pintoretto se perdiera en Manhattan y fuera incapaz de llegar a Nueva Jersey. Pintoretto tiene una relación mágica con las cosas, y como encima tiene la suerte de que esa idea equivocada de la vida le funcione, con bastante frecuencia anda convencido de que la razón lo acompaña. Siempre. Eso explica también su relación con Cavallero, un tipo sinuoso y calculador que, sin embargo, tiene en Pintoretto una especie de guía espiritual. O más bien como su espejo mágico particular. Como Pintoretto orientó sus primeras lecturas serias, lo considera si no un mentor, al menos un punto de referencia para determinar cuánto ha trascendido en su incesante búsqueda de la inmortalidad como crítico de arte. Desde que Pintoretto le comentó que su último libro le parecía fallido no deja de acosarlo para convencerlo de que está equivocado. Pero si bien su acoso es sofocante, no es agresivo. Como si temiera romper con la más fiel referencia que ha encontrado para establecer su valor

real. Pintoretto es la única persona a la que le profesa un verdadero respeto. Al resto de la humanidad la trata o bien con un insondable desprecio —si es esa inmensa mayoría que considera por debajo de él— o, si se trata de aquellos a los que quiere sacarles algo, con total sumisión. Solo Pintoretto habita ese desolado término medio. Yo, en cambio, soy uno de los tantos que desprecia y a los que, si tiene oportunidad de encontrarlos a su merced, les pisará los dedos. Vive convencido de que: a) los conocidos de hoy pueden ser los enemigos de mañana; b) los escrúpulos solo sirven para impedir actuar de la manera que más le convenga. En la galería de arte en que lo encontramos insistió en que lo acompañáramos a su casa. En un aparte le dije a Pintoretto que fuera y se quedara esa noche en casa de Cavallero, y así me quitaba la preocupación de cómo regresaría a mi casa. Pero Pintoretto, si a algo teme más que a perderse en Manhattan es al extraño sentido de la hospitalidad de Cavallero (ya una vez lo dejó en la calle en medio del invierno), me rogó que lo acompañara.

Fuimos a su apartamento en Lexington y la 25, y nos sentamos en la terraza del *penthouse*. Se acababa de mudar. La terraza tenía una vista preciosa del Gramercy Park y de los edificios más emblemáticos de Manhattan. Alguien que lo conocía desde el preuniversitario me había dicho: “Cavallero solo se dirige a ti por estas tres razones: para pedirte algo, para sacarte alguna información o para restregarte algo en la cara”. A falta de que otra razón se revelara a lo largo de la noche, Cavallero nos había llevado hasta allí para restregarnos el apartamento que acababa de conseguir.

El tema principal que tenía preparado para disertar esa noche en la terraza era el racismo en los Estados Unidos. Un racismo, según él, omnipresente y asfixiante. Y lo que lo hacía peor que el racismo cubano es que no se detenía ante las diferencias de tonalidades. “Una gota de sangre negra basta para que te consideren negro”, decía, y en sus palabras se sentía el crepitar de las cruces de fuego del Ku Klux Klan.

Cavallero es mulato. Tiene la piel de un chocolate muy claro y el pelo rizado.

La piel de Robby es mucho más oscura. De un negro cerrado y mate.

Picó es la noche misma.

Quizás esos detalles ayuden a aclarar un poco sus obsesiones. Pero no del todo.

Picó dice que apenas duerme. Solo unas cuatro horas al día. El resto del tiempo lo pasa manejando el camión y mandando paquetes para su familia. Todo para que, al visitarlos en Pinar del Río, se dé cuenta

que ellos allá viven mejor que él aquí. Cuenta que acá tiene un hermano para el que no encuentra suficiente atención médica. Y aclara que no se considera un inmigrante político sino económico. Cuba y Estados Unidos son parte de la misma mierda. El que está arriba siempre está tratando de joderte, y no puedes hacer otra cosa que aguantar.

Robby dice que la república norteamericana ha perdido su propio sentido de legalidad. Que presionada por sus necesidades imperiales, viola a cada minuto las bases sobre las que se constituyó. No tiene sentido compararla con Cuba porque Cuba es un caso anómalo, en el que la propia idea de república, de constitución y de leyes está fuera de lugar.

Cavallero no encuentra otro ejemplo concreto de racismo que el recuerdo del día en que se mudó a un edificio (otro, no ese en el que vive ahora) y alguien lo tomó por un empleado del lugar. Y Cavallero achaca esa confusión al color de su piel.

Cada vez que comienza a hablar, Picó dice: “en mi criterio...”, con el tono del que está convencido de que fuera de Cuba todo lo que se dice como criterio personal es indiscutible.

“Indiscutiblemente” es la muletilla con la que Robby encabeza cada una de sus afirmaciones.

Cavallero no usa ninguna muletilla al comienzo de sus frases. En cambio, cada vez que expone sus argumentos de por qué el racismo norteamericano es más opresivo que el cubano, termina diciendo: “*I’m sorry*, pero es así”.

Picó no llega a decir que se siente tremendamente solo. Robby no menciona el detalle de que nunca terminó la tesis por la que fue a investigar a Cuba, y que, al no graduarse, su ilusión de convertirse en profesor universitario está condenada a no ser realidad. Cavallero no menciona su puesto de profesor en Princeton, ni los libros o artículos de crítica de arte que publica, pero, al menor descuido, nos pone en las manos la última antología en que aparece un texto suyo. Tiene ejemplares en todas partes. En un librero junto a la terraza, en el baño, debajo de la gorra que puso en la mesa frente a la que estamos sentados.

Le comento a Picó que no se debe engañar. Si no regresa es porque sabe que, si lo hace, a su vida se le acabará el poco sentido que le queda. Me responde que a donde le gustaría regresar es al pasado. Al momento inmediatamente anterior a su salida. A encontrarse con todas las cosas que tenía y no apreciaba.

A Cavallero le pregunto si no le parece igual de racista considerar negro a todos los que tengan una gota de sangre negra, como considerarse superior por contener menos sangre negra que otros. Cavallero

se niega a la comparación: el segundo caso le parece de una sofisticación superior y, por tanto, más aceptable. Luego de eso bajo a la calle a fumar.

Robby permite que se fume en el balcón. A él solo me le acerco para preguntarle dónde están las cervezas.

Picó finalmente confiesa qué es lo que le quita el sueño: no es rico. No quiere regresar a Cuba y vivir de los ahorros o del retiro que ha acumulado en los Estados Unidos. No. Quiere tener dinero para tirar a manos llenas.

Robby desea que los Estados Unidos retomen los ideales republicanos sobre los que fueron fundados.

Cavallero aparentemente lo tiene todo. No queda claro si desea que el racismo desaparezca de raíz, o convertirse él mismo en blanco, como Michael Jackson, aunque de una manera más discreta.

No es difícil ver a los tres como manifestaciones del mismo fenómeno, el complejo de la raza. La conciencia de una injusticia fundamental e irremediable. Picó posiblemente piense que, si fuera blanco al menos tendría mujer. Robby no pretende ser blanco. Reivindica con energía su condición de negro y, sin embargo, intenta distanciarse —en su modo de hablar, de conducirse, en los temas de conversación que escoge— de la imagen folklórica del negro ligero y divertido. Así, hasta el punto en que no parece ni negro ni blanco sino una especie de robot ligeramente humanizado. Cavallero es una variante de la misma actitud. Habla de un escritor mulato que ganó recientemente el Pulitzer por escribir un libro que a él le parece insufriblemente folklórico. Como insinuando que si escribiera sobre arte tercermundista en vez de dedicarse al europeo —o si llevara en la piel un color que no supusiera determinados temas— ya habría recibido un Pulitzer hacía rato. Su condiscípulo del preuniversitario tenía razón: invitó a Pintoretto a verlo para restregarle lo bien que le va, pese al racismo imperante en el país. Para que se imagine que, de no ser por el racismo, ya habría ganado el Nobel.

Yo, que albergo casi la misma porción de genes africanos que Cavallero, nunca he pensado mucho a qué raza pertenezco. Alguna vez le pregunté a mi abuela cuál era mi color, porque —le decía extendiendo un brazo para que la piel diera testimonio por mí— blanco no era.

—Tú eres trigueño. Color cartucho.

Y con eso dejó zanjado el asunto para las próximas dos décadas, las más decisivas para cualquiera en lo que atañe a la creación de complejos.

Bendita sea mi abuela.

Las mujeres. Ese es un tema en el que los tres vuelven a distanciarse. Robby se siente totalmente dependiente de una mujer que lo detesta por no comportarse como un ser humano en casi ninguna circunstancia. O porque ella solo estaría satisfecha con alguien que estuviera a la altura de lo que ella cree merecer. O que al menos la despreciara al punto de conseguir que ella se sintiese inferior. A Cavallero le gustaría zafarse de la rumana fría y pálida casi hasta la transparencia que tiene por mujer, y unirse a cualquiera de las admiradoras de su entorno, de esas que no lo conocieron cuando era pobre y se abrió camino contrabandeando obras de arte y muebles antiguos. La obsesión de Picó con el dinero se afina en la esperanza de que su soñada solvencia les haga olvidar a las mujeres lo feo que es.

Pero la mayor diferencia entre ellos es de carácter. Picó es un alma simple, perdida en circunstancias que lo superan, circunstancias que trata de esquivar planteándose falsos problemas. Robby es un sufridor que, ante el temor de no alcanzar la altísima idea que tiene de sí mismo, prefiere no hacer nada. Esa idea de sí pasa sin embargo por una alta exigencia moral que le impide hacerle daño a alguien que no sea él mismo. O quizás es al revés: quizás sean sus exigencias morales las que le impiden funcionar en un mundo que considera esencialmente sucio.

Cavallero, bueno.

Cavallero es un saquito de mierda.



**NOCAUTE:
6 poetas/
Cuba
/ hoje
Edición bilingüe**

•
Oscar Cruz
Jamila Medina Ríos
José Ramón Sánchez
Javier L. Mora
Legna Rodríguez Iglesias
Pablo de Cuba Soria

•
Ediciones Jabuticaba, Sao Paulo, 2017
www.edicoesjabuticaba.com.br
www.facebook.com.br/Edjabuticaba
Selección: J. R. Sánchez
Traducción: Rodrigo A. do Nascimento
y Mariana Ruggieri
Revisión: Marcelo F. Lotufo
Diseño interior: Marcelo F. Lotufo
Diseño de cubierta: Helena Freddi

•
BLITZKRIEG

Hay poetas que ganan por puntos y poetas que ganan por fuera de combate. Hay poetas pasivos que esperan que una corriente se los lleve y otros que le meten ruido y turbulencia a la más oronda de las corrientes. Como guerra relámpago (*Blitzkrieg*) queremos meter a la poesía cubana de ahora mismo en Brasil.

Una poesía que no aburre porque habla el lenguaje de los libros y de la gente. Nocao, porque no dejamos la decisión del combate en manos de los árbitros corruptos del corral literario: te quitan la pelea para dársela a alguien tan ñoño como ellos. En Cuba sabemos que los boxeadores tienen a veces que tumbar al contrario, y que le cuenten hasta mil.

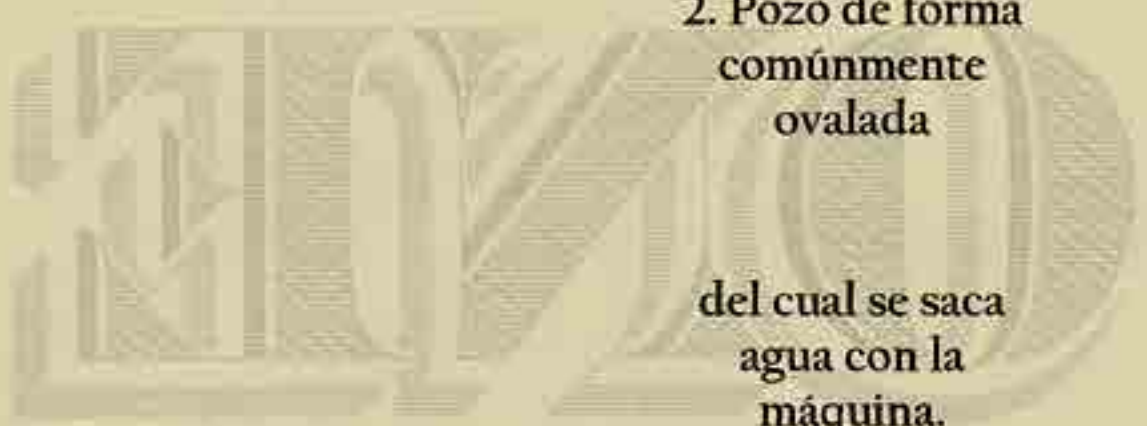
Unas páginas que no malusaría en las tibiezas de la corrección lírico-insular. Golpeamos con todo. Tan duro y tan rápido que el lector diga: “Si no es esto, no sé qué pueda ser la poesía cubana de ahora mismo”. Otras versiones de la poesía cubana son posibles; esta se cierra como un puño, porque la mano que golpea es la mano que puede calentar. Si el PIB de los países dependiera del valor de algunos de sus poetas, Cuba estaría en el primer mundo.

J. R. S., Guantánamo, abril de 2017



1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.



2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.

ONLINE

ISSN 2077-8422